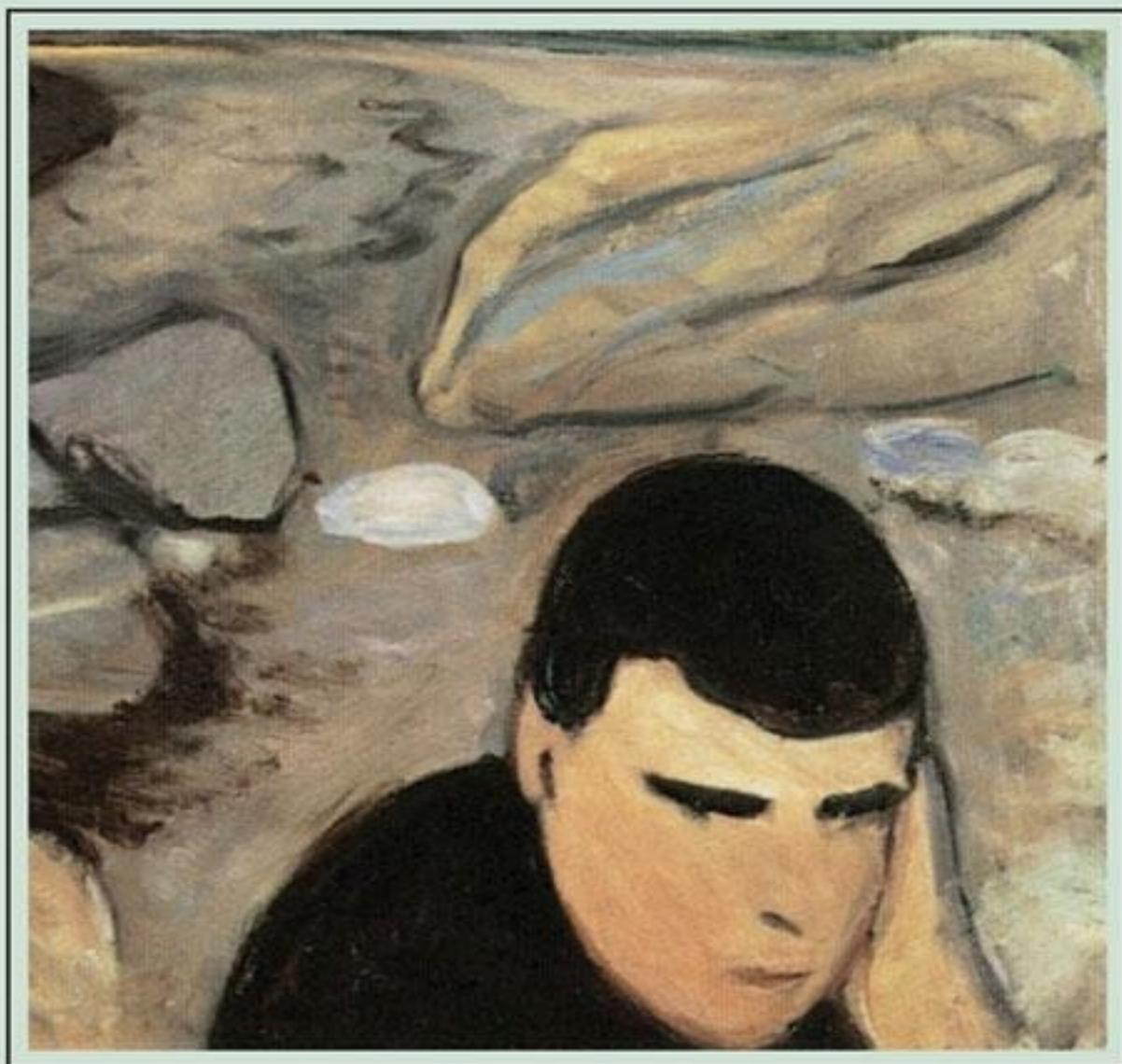


# Pablo d'Ors

## El amigo del desierto

Relato de una vocación



Lectulandia

Esta es la historia de Pavel, a quien una serie de circunstancias le lleva a cambiar el rumbo de su vida. Por culpa de una enigmática asociación, llamada «Amigos del Desierto», va sucumbiendo al hechizo de una rara experiencia. En sus repetidos viajes al Sahara, al principio acompañado por los Amigos y finalmente solo, se adentra en el desierto, esa metáfora del infinito. Cada personaje, cada situación invitan a la aventura más importante, que no es otra que la interior. Desde la meditación zen hasta las pinturas de Rothko, pasando por san Juan de la Cruz y el Maestro Eckhart, son incontables los artistas, pensadores y místicos que han contribuido a la poética del vacío: Charles de Foucauld, Edmond Jabès... Con pulcritud y sobriedad, *El amigo del desierto* se inserta en esta tradición. En la estela del *Siddharta*, de Hesse, o de *Los ojos del hermano eterno*, de Zweig, Pablo d'Ors, germanista y doctor en teología, da con esta obra un osado paso en profundidad. Un libro sobre el silencio y la contemplación. Un regalo para los buscadores del absoluto.

**Lectulandia**

Pablo d'Ors

# **El amigo del desierto**

**Relato de una vocación**

ePub r1.0

Titivillus 06.07.16

Pablo d'Ors, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Uno debe subir todos los peldaños, pero cuando al fin no hay peldaños hay  
que dar el salto.  
La libertad es la experiencia de ese salto.

TH. MERTON

Quien no conoce el desierto, no sabe qué es el silencio.

*Proverbio árabe*

Todo el mundo está encauzado en lo suyo, solo yo permanezco obstinado y  
marginal.

LAO TSÉ

*Para José Ventero,  
mi primer y gran amigo del desierto.*

## «DRAMATIS PERSONAE»

PAVEL, *el amigo del desierto*

OTLA, *presidente de la asociación*

PANÁ PLICKOVÁ, *su esposa*

JAN

PANÁ PETRUCHOVÁ, *su esposa*

VACLAV

PANÁ BENETKOVÁ, *su esposa*

ANDREAS

LADISLAO PECHA, *el profesor*

CHARLES DE FOUCAULD, *explorador y ermitaño*

STUBEMANN, *compañero de viaje*

VLK, *muchacho*

JEHUDA SERBAL, *guía*

ANYB, *chófer*

SHASU, *niño*

*Su padre*

*La hermana ROSA*

*La hermana LILA*

*La hermana AZUL*

SUZANNE POPHERTY, *antropóloga*

JEAN-PIERRE DOLFIEUX, *geólogo*

# ESCENOGRAFÍAS

Brno, vivienda de Ota y *paná* Plicková

Kromeriz, apartamento de Pavel

Praga, barrio periférico de Kacerov

El Hoggar, casa de los Amigos, en la frontera entre Austria y la República Checa

Beni Abbès, casita alquilada con vistas al desierto

Marruecos: Tánger, Hotel Tetuán; cordillera presahariana del Saghre; Macizo de Mgoun, en el alto Atlas; Erg Chebbi, campo de dunas; palmeral de Tinerhir; dunas de Merzonga; manantial de Bir Jdid; cordillera volcánica del Sirwa.

Argelia: Argel; Orán; desiertos de Batna y de Sétif; El Golea y Tínduf.

Y además: desiertos de Adrar y Oued; Namibia; El Teneré, en las montañas Ayr; ciudad de Atar, en Mauritania; poblaciones de Oued Tanget y el Agargart, zona rica en oasis y jardines; trópico de Cáncer; desierto líbico; Tombuctú.

## LOS AMIGOS DEL DESIERTO

Gracias a la contraportada de un libro supe que residía en Brno un hombre que había dedicado buena parte de su vida a viajar por muchos de los desiertos del planeta. La afición que aquel individuo había manifestado por las tierras desérticas a lo largo de su brillante trayectoria académica había comenzado como una pasión puramente teórica, pero terminó por convertirse en la única razón de su existencia. El tal Ladislao Pecha —que así se llamaba y que enseñaba en una pequeña universidad al nordeste del país— vivía para los desiertos, se desplazaba siempre que podía hasta alguno de ellos y había creado para agrupar a quienes compartían su interés una asociación llamada «Amigos del Desierto». En la contraportada de aquel libro, que cayó en mis manos por circunstancias fortuitas, figuraba la dirección electrónica de esta asociación y, naturalmente, les escribí.

¿Naturalmente? Todavía hoy ignoro qué pretendía de ellos.

Redacté un correo en términos bastante formales y, puesto que lo conservo, lo transcribo: «Al Presidente de los Amigos del Desierto. Muy señor mío: He tenido noticia de la asociación que usted preside en Brno y quisiera alguna información tanto sobre sus actividades como sobre las condiciones para poder participar en ella como miembro. Cordialmente», y mi nombre.

¿Pretendía entonces, según había escrito, formar parte de aquella desconocida asociación? ¿Me interesaba realmente viajar al desierto?

Tres días después, recibí la respuesta.

«Por desgracia —comenzaba, tras el saludo inicial— carecemos de prospectos o material impreso con que poder darle cuenta de nuestras actividades. Por ello, si no tiene inconveniente en desplazarse hasta Brno, será para nosotros un honor recibirle y explicarle aquí todo lo que usted quiera saber sobre nuestro grupo».

A esta comunicación —tan escueta como la mía— no seguía el nombre de Ladislao Pecha, sino el de un tal Ota Plícka, a quien más adelante llegaría a conocer.

Naturalmente, viajé a Brno.

¿Naturalmente? Una vez más debo formularme esta cuestión.

Conforme convenimos, el señor Plícka me recibió en la estación de tren y me llevó en coche hasta su casa, donde me presentó a su esposa o *paná*, como decimos en Chequia, mi país. Dentro de lo novedoso de la situación, hasta ese momento todo parecía normal.

*Paná* Plicková, que me recibió a la puerta de su vivienda con los brazos en jarras, me resultó muy agradable tanto por su aspecto físico —más bien rollizo— como por su amabilísimo trato.

—¿Se quedará a dormir? —me preguntó al poco de llegar.

Yo no había previsto esa posibilidad.

—Sí —respondí pese a todo.

Y ella me brindó entonces una encantadora sonrisa que tardé en quitarme de la cabeza.

—Su esposa... ¿pertenece a la asociación? —le pregunté a su marido en cuanto nos quedamos a solas.

Otla Plícka me había hecho tomar asiento en el mejor sofá y me había servido un té con leche muy caliente. Por mi parte, estaba sorprendido por el respeto y la deferencia con que me había tratado desde que me vio con aire despistado en el andén de la ferrovía. Yo contaba con que nos pondríamos a hablar del desierto de un momento a otro o, al menos, de la asociación que él presidía (pues el profesor Pecha ya había concluido su mandato). Otla, sin embargo, no parecía tener ninguna prisa por darme la información que yo había ido a buscar. Durante un buen rato me habló de sus hijos, que estudiaban en la Universidad Carolina de Praga; me contó algo de su anterior matrimonio —sin que yo, obviamente, le hubiera preguntado sobre ese particular—; y me llevó del brazo a su jardín, donde me explicó las dificultades que estaba teniendo para extirpar unas malas hierbas que, al parecer, no dejaban de crecer junto a un muro. Al final, me prestó uno de sus pijamas sin dejar de sonreír; también él, como su esposa, sonreía mucho. Acto seguido, sin permitir que le diera las gracias, cerró la puerta de la habitación que me habían asignado para que pasara la noche. Pues bien, fue así como me encontré en aquella casa de Brno, en compañía de dos completos desconocidos.

Tras llamar a la puerta para pedir permiso, *paná* Plicková entró a la mañana siguiente en mi habitación con la bandeja del desayuno.

—Yo... —alcancé a decir, mientras me desperezaba con recato.

Estaba abrumado por tanta amabilidad.

Una sombra de sospecha comenzó a planear en mis pensamientos desde que tuve la bandeja con el desayuno en mis rodillas: no cabía descartar que aquella gente quisiera algo de mí —me dije—, y miré estúpidamente hacia la ventana, como si aquella fuera —dado el caso— mi única escapatoria posible.

El aspecto de *paná* Plicková —sus carrillos sonrosados parecían hacer juego con su delantal— era aún más agradable que el de la tarde anterior. Se había sentado a los pies de mi cama con toda espontaneidad y me sonreía como si yo fuera su esposo o, al menos, un viejo amigo de la familia. Como si me hubiera estado esperando mucho tiempo y yo regresara de un largo y agotador viaje, del que debía reponerme.

—¿Quiere más? —se atrevió a preguntar al percatarse de mi apetito.

Y yo:

—¡No, no, por favor!

No podía entender lo que sucedía.

Desechado el fantasma de estar corriendo algún peligro, consideré la posibilidad de ser víctima de una equivocación. Sí, eso tenía que ser: aquel matrimonio esperaba a otro hombre en la estación de Brno y yo, por tanto, no era quien ellos suponían. Esta hipótesis explicaba las muchas atenciones que me brindaban, así como la exagerada consideración con que me habían tratado en todo momento. La idea de haber sido tomado por quien no era me llenó de pánico.

—Usted pertenece a la asociación de Amigos del Desierto, ¿no es así? —conseguí farfullar.

Tenía un nudo en la garganta.

Al escuchar aquello, *paná* Plicková se rio como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. Era la risa de alguien que es feliz.

—¿Por qué se ríe? —pregunté.

Pero tampoco a eso quiso responder. Se limitó a recoger la bandeja y a susurrarme que su marido me esperaba en el salón.

Los Amigos del Desierto. ¿Me presentarían ahora a los demás miembros de la asociación?

Como Plicková me había advertido, su marido estaba en el salón. Caminaba de una esquina a la otra con las manos en las axilas. En cuanto le vi, supe que algo no marchaba bien. Supuse que podía estar molesto por lo tarde que me había levantado, así que pedí disculpas; él, sin embargo, no cambió de actitud. Continuó caminando de un lado al otro con las manos bien prietas bajo las axilas y respondió a mis intervenciones solo con monosílabos. Era evidente que estaba nervioso, pero no me atreví a preguntarle por qué.

El trayecto en su coche lo hicimos en silencio. Todavía entonces confiaba en que comenzaría a hablarme de los Amigos del Desierto de un momento a otro; después de todo, ese era el motivo por el que me había desplazado hasta Brno. En breves minutos —estaba seguro— conocería al profesor Pecha y, acaso, a unos cuantos miembros de su asociación. No fue así.

Sin romper su mutismo, aquel individuo de corbata amarilla me llevó de vuelta a la estación de ferrocarril a la que había venido a recogerme la tarde anterior. No quise creer lo que estaba a punto de sucederme hasta que sus palabras me lo confirmaron.

—Tiene un tren de regreso a Kromeriz dentro de un cuarto de hora —dijo entre dientes.

Era la primera frase completa que pronunciaba aquella mañana. Después me extendió la mano para que se la estrechase.

—¿Qué significa esto? —llegué a replicar.

Estaba perplejo. Las palabras me salían con dificultad.

—¿Qué significa esto? —repetí.

Él me estrechó la mano, que había quedado colgando.

—Tanto mi esposa como yo —dijo entonces, y me miró a los ojos sin titubear— hemos comprendido que nuestra asociación no le interesa lo más mínimo. Sea franco

—añadió, cuando parecía que no iba a decir nada más—, no nos haga perder el tiempo.

Dicho esto, se caló el sombrero —demasiado grande para un hombre como él, más bien bajito— y se dirigió con paso decidido a su coche. Vi cómo aquel hombre arrancaba y se marchaba sin darme ninguna explicación más. Quedé mudo y paralizado durante largo rato y, naturalmente, tuve que coger aquel expreso.

Durante el trayecto a Kromeriz reflexioné mucho sobre todo lo que había vivido en Brno y, una vez en casa, no pude conciliar el sueño hasta el amanecer. Vivo solo, así que nadie me trajo el desayuno al despertar; ninguna mujer se sentó a los pies de mi cama para allí reírse como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. De algún modo, me sentía defraudado y —¿por qué no decirlo?— herido en mi amor propio: aunque mi interés por aquella insólita asociación no fuera todavía tan ardiente como más tarde llegaría a ser, mi comportamiento con Ota y su *paná* no había sido censurable bajo ningún punto de vista. Nada justificaba, por tanto, el enojoso desdén con que había sido tratado. ¿Por qué debía tolerar que aquel individuo de corbata amarilla me hubiera puesto sin una palabra en el tren de vuelta?

«Querido señor Plícka —escribí, mi rostro se reflejaba en la pantalla del ordenador—. Si algo de mi conducta ha podido ofenderle, le ruego que me disculpe; debo admitir que no acabo de comprender el desenlace de nuestro encuentro».

Tardé en decidirme a escribir aquel correo, el segundo de los muchos que llegaría a intercambiar con él.

«Soy una persona normal y corriente —continuaba diciendo—, y mi interés por la asociación que usted preside es completamente sincero. Pese al desplante que recibí, para el que no encuentro posible justificación —concluía—, mi voluntad de conocer a los Amigos del Desierto sigue en pie. Más aún —y esta frase tuve que redactarla varias veces—, me sentiré muy honrado si quieren recibirme de nuevo y darme la información que les solicité. Salude de mi parte a su encantadora *paná*. Suyo», y mi nombre.

Pese a lo satisfecho que estaba con aquellas pocas frases, firmes y humildes a un tiempo, algo hubo en ellas que molestó a Ota Plícka —quien no se dignó responderme hasta pasadas tres semanas—.

Tan falso sería afirmar que pasé todo aquel tiempo pensando en el extraño incidente que había vivido en Brno como que me olvidé de ello por completo. La imagen de la señora Plicková con sus carrillos sonrosados, y en particular su risa de niña traviesa, se había grabado en mi memoria. A menudo me encontraba evocando sus facciones y escuchando aquella risa suya, tan cristalina. ¿Me había enamorado? Pronto lo sabría.

Confieso que me alegré mucho al recibir nuevamente noticias de Brno, y más todavía cuando comprobé que era la propia Plicková —y no su esposo— quien me contestaba. Por desgracia, mi evocada *paná* Plicková se dirigía a mí solo por indicación de su marido —según especificó—, y no era para darme buenas noticias.

«Querido amigo —comenzaba su correo—. Tanto Ota como yo juzgamos que su interés por nuestra asociación es completamente pasajero. Por ello le rogamos que, en adelante, se abstenga de escribirnos y visitarnos. Hágalo tan solo si su inclinación por el desierto es irresistible e inapelable su voluntad de conocernos. Un saludo», y su nombre.

¿Pasajero? ¿Inapelable? Pasé algún tiempo sin saber cómo reaccionar. ¿Debía desobedecer sus órdenes y visitarles pese a todo? ¿No sería conveniente que iniciara algún tipo de investigación sobre aquellos enigmáticos Amigos? ¿Qué querían decirme con «inclinación irresistible»?

Por no saber bien qué decidir, pasé algunos días leyendo todo lo que encontré sobre el desierto en la Biblioteca Municipal de mi ciudad. En primer lugar cayeron en mis manos atlas y libros de carácter técnico en los que se informaba sobre las condiciones climáticas propias de los desiertos, los países en que están enclavados y los habitantes que los pueblan. Leí bastante sobre los tuareg, pueblo por el que desde el principio sentí una viva admiración. Por indicación del bibliotecario, di más tarde con algunos volúmenes que abordaban el desierto desde una perspectiva filosófica o, incluso, espiritual. Y es que pocos lugares hay en el mundo que sean tan metafóricos como el desierto, como prueba el hecho de que cuando se dice la palabra «desierto» suele pensarse casi tanto en el desierto físico o externo como en el mental o interior. Todos aquellos libros eran interesantes, lo admito; pero, más que leerlos, a lo que mayormente me dediqué fue a mirar las impresionantes fotografías con que algunos de ellos estaban ilustrados. Muchas de mis horas en la Biblioteca Municipal transcurrieron así: con la mirada puesta en esas imágenes, emborrachado ante la hipnótica visión de las dunas. Contemplando aquellos desiertos, el tiempo parecía haberse detenido para mí.

«Al señor presidente de la asociación de Amigos del Desierto —volví a escribir—. Han transcurrido ya dos meses desde el último correo que les envié, fechado en diciembre del año pasado. Desde entonces —seguía— no es que haya perdido mi interés por el desierto, como seguramente alguien de ustedes pudo suponer, sino que este se ha incrementado hasta el punto de haber comprendido que debía intentar volver a ponerme en contacto con el grupo que usted representa. Por ello, si ahora están dispuestos a recibirme, escucharé con la mejor de las actitudes todo lo que tengan que decirme sobre el desierto y su asociación. Quedo de antemano agradecido

y a la espera de sus noticias», y mi nombre.

¿Sonaría humillante el tono de aquella misiva? ¿Me resistía a dar mi brazo a torcer? ¿Por qué no lograba olvidarme de aquella ridícula historia?

La respuesta se hizo esperar también en esta ocasión, pero ya no me importó. Durante aquel periodo —lo recuerdo como si fuera hoy—, colgué algunas imágenes en las paredes de mi dormitorio. Se trataba de algunas fotografías de los desiertos de Namibia, del Teneré —a la sombra de las montañas Ayr—, y del que rodea la ciudad de Atar, en Mauritania.

La contestación a este último correo mío no iba firmada por Otlá o su esposa, sino por el propio profesor Pecha —al parecer, miembro del comité fundador—. Entendí de inmediato que las perspectivas eran halagüeñas.

«Comprendo su perplejidad —comenzaba el profesor—, pero también usted comprenderá más adelante, si es que su interés por el desierto se revela auténtico, que el comportamiento de Otlá y de su *paná*, en quienes confío plenamente, está más que justificado. Durante demasiados años hemos cometido el error de atender a personas que, desde los más variados puntos del globo, han manifestado por nosotros un interés que, al cabo, se revelaba efímero y hasta veleidoso. Estamos escaldados —confesaba—, y no queremos que algo así vuelva a repetirse. Por ser este su tercer comunicado —escribía al final—, estimo que ha llegado el momento en que la asociación le tome en serio. Por ello, quisiera invitarle a...»; y seguía el lugar y la fecha en que me convocaba para tomar parte en una asamblea de la asociación, en los alrededores de Brno.

¿Debía ir o más bien argüir alguna excusa y disculparme? ¿Qué se haría durante aquella jornada en esa casa que, según se especificaba, era propiedad de la asociación? Y, sobre todo, ¿hasta dónde tenía que llegar mi interés por el desierto para que ellos (¡pero ¿quiénes?!) estimaran que yo era fiable y digno de crédito? Tras debatirme entre dudas, una tarde —ante una de las imágenes que había colgado en la pared— comprendí que no tenía alternativa. Deseaba ir. En realidad, pocas cosas en el mundo había deseado alguna vez con tanta intensidad. Y fui.

## LAS ASAMBLEAS DEL HOGGAR

Las asambleas de la asociación Amigos del Desierto tenían lugar en un edificio de reciente construcción, cerca de la frontera entre Austria y la República Checa. En honor a un macizo que hay en Argelia con este mismo nombre, entre las poblaciones de Oued Tanget y el Agargart —una zona rica en oasis y jardines—, aquella casa era llamada «Hoggar». Más que para averiguar la índole de aquella asociación —como era mi propósito—, la asamblea en la que tomé parte sirvió para confundirme todavía más. Desde el principio tuve la convicción de que no había accedido a lo que realmente unía a todos sus miembros entre sí y con un objetivo común; y, aún peor, que para conseguirlo tendría que superar obstáculos de todo género.

Otla Plícka me recibió en la estación de tren con la misma corbata amarilla y con la amabilidad del primer día, como si nunca se hubiera producido entre nosotros desavenencia de clase alguna. Volvió a estar elocuente y cordial, al igual que su esposa, quien retuvo su mano entre las mías —en el saludo de bienvenida— mucho más de lo que podría considerarse normal.

—¡Es usted tan agradable! —le dije entonces, sosteniéndole la mirada.

—También usted me resulta muy agradable —me contestó.

Fuese porque era la esposa del actual presidente de la asociación o por estar muy cualificada para el papel que desempeñaba en ella, bastaron pocas horas para que comprobara que *paná* Plicková era muy apreciada y popular. Hizo cumplir el orden del día con fidelidad y flexibilidad —virtudes que no es frecuente encontrar unidas—, y no dejó de sonreír a todos y a toda hora, quizá porque sabía que era así como su belleza refulgía más. Ahora bien, también Jan —que fue uno de los primeros Amigos que conocí en aquel encuentro— sonreía mucho; y *paná* Petruchová, su esposa, que fue con quien más intimé. Tanto Petruchová como Plicková eran mujeres muy exuberantes y coquetas; sus respectivos maridos, por su parte, parecían tener plena confianza en ellas. *Paná* Petruchová me agarró del brazo y apenas me dejó a solas en el día y medio que duró la asamblea. Se lo agradecí, pues no sé qué habría hecho en medio de toda aquella gente de haber estado sin su compañía. Además, me agradaba sentirla tan cálida y reveladoramente cerca de mí.

Salvo algunos ancianos —el profesor Pecha entre ellos—, la mayoría de los Amigos del Desierto eran de mediana edad, poco más o menos de la mía. Entre ellos había casados y solteros, extranjeros y compatriotas, con mayor o menor formación y de los oficios y empleos más variopintos; también de diferente extracción social y confesión religiosa. Todos me trataron cordialmente y sin afectación. Amaban el desierto, lo confesaban sin ostentación ni pudor. Oí cómo aseguraban lo mucho que les gustaría vivir, o al menos pasar largas temporadas, en alguno de los numerosos

desiertos del planeta; también escuché que, entre los incontables parajes de la tierra, el desierto era su preferido con diferencia. Algunos relataron sus experiencias y dificultades en las expediciones que, al parecer, habían realizado a algunos de los principales desiertos africanos. Su amor al desierto se había mantenido en las dificultades, dijeron, y se mostraron fotografías unos a otros, riendo y recordando los episodios y las anécdotas más memorables. Tres de ellos leyeron algunas de las cartas que habían recibido de otros expedicionarios del Sahara y, al final, un grupo se enfrascó en una larga discusión sobre las costumbres de los tuareg, pueblo por el que yo mismo había llegado a sentir ya cierto interés. A mí, por fortuna, no me preguntaron nada. Tuvieron la deferencia de permitir que me quedara al margen y que en todo momento hiciera lo que me pareciese más oportuno.

—¿Va a volver? —quiso saber *paná* Petruchová al término de aquel intenso fin de semana.

Fue la única pregunta directa, el único signo del que pude rescatar —por parte de alguno de los Amigos— cierto interés por mí.

Mientras aquella mujer echaba su larga y rizada cabellera hacia atrás con un movimiento brusco que me sobresaltó, quise responder que sí, que por supuesto que volvería; también quise afirmar que yo era un enamorado del desierto (ahora que se me daba la oportunidad de manifestarlo —pero ¿lo era?—); y hasta habría asegurado que mi afición por aquello de lo que se había estado debatiendo no era en absoluto efímera o fugaz, como el profesor Pecha se había atrevido a insinuar. También quise confesar en ese instante —pese a que nadie me lo había preguntado— que tenía tres o cuatro imágenes del desierto colgadas de las paredes de mi dormitorio; y quise declarar —porque aquello habría sido una declaración— que todas las mujeres de la asociación me habían parecido encantadoras, en particular Plicková, Petruchová y una tal Benetková, de quien también diré algo en estas páginas. De igual modo, si se me hubiera permitido, habría querido insistir en lo mucho que me había impresionado el profesor Pecha, un verdadero sabio; y habría dicho seguramente otras mil cosas más, a cual más halagüeña.

—No lo sé, tengo que pensarlo —dije, sin embargo; y me pareció, tras decirlo, que el rostro de *paná* Petruchová se ensombrecía.

En el tren de vuelta hasta Kromeriz estuve meditando en esta contestación mía, tan lacónica. Sin saberlo, había dado la respuesta que debe dar un verdadero Amigo del Desierto. Tal vez por eso, al oírlo, Petruchová echó nuevamente hacia atrás, con un movimiento brusco, su larga y rizada cabellera.

Como es natural, fui a la segunda asamblea de la asociación. ¿Por qué insistiré tanto en la naturalidad con que se desarrolló todo? Jan, quien por causa de su obesidad caminaba con las piernas muy abiertas, me había llamado unos días antes para confirmarme el día y la hora; de sus labios, sin embargo, no salió ninguna expresión

que revelara verdadero interés en que yo acudiera. Al contrario, percibí que me daba la información de un modo muy vago y general, como si prefiriese que no asistiera. Fue este desinterés generalizado —ahora lo comprendo— lo que redobló mi atracción. El desierto me seguía llamando, por supuesto; pero a esto se sumaba ahora un aliciente más: los Amigos. Sí, los Amigos. En mi monótona vida en Kromeriz los echaba de menos, y hasta llegué a viajar a Brno en una ocasión solo por si me encontraba con alguno por casualidad. A decir verdad, toda aquella gente logró atraerme a sus filas no solo por la simpatía natural de la que muchos de ellos hacían gala; tampoco por la exquisita educación y amabilidad con que todos me trataron, sino por algo más profundo y sutil que, en aquella época —por estar poco iniciado—, no estaba todavía en condiciones de identificar.

La cautela con que la asociación afrontaba la posible afiliación de nuevos miembros llegaba al extremo de no recibir a ningún candidato hasta su tercera solicitud. Vinieran formuladas en unos términos u otros —y haciendo caso omiso del origen y las condiciones de los solicitantes—, las dos primeras solicitudes eran rechazadas o ignoradas por sistema. Por esta razón, la mayoría de los interesados desistía al primer intento; su curiosidad y afición por el desierto (o eso aseguraban los Amigos) eran todavía muy incipientes —casi irrelevantes— y, por ello, indignas de ser tomadas en consideración. Algunos —pocos— claudicaban tras la segunda intentona; su interés era desde luego mayor, pero todavía insuficiente. Solo los que persistían en su deseo y pedían información por tercera vez (y yo estaba entre ellos) eran invitados y recibidos a participar de las asambleas. Si pasaban la prueba, se les sugería que se apuntaran a los viajes o expediciones.

—¿La prueba? —quise saber.

Sí, todos los candidatos a la asociación eran sometidos a prueba de un modo u otro. Yo mismo fui examinado sin darme cuenta durante las asambleas en las que tomé parte en el Hoggar. Al principio, en mi inocencia, llegué a pensar que el viaje al Sahara al que me iba a comprometer ya en mi segundo encuentro con los Amigos era un proyecto que había asumido por propia iniciativa. ¡Qué ingenuo! Tardé en comprender que el proceso de iniciación a la amistad con el desierto estaba mucho más reglamentado de lo que ningún candidato hubiera podido imaginar. En aquella época no podía sospechar que, bajo una aparente indiferencia hacia mí, yo era observado con el objeto de probar mi temple y de verificar mi autenticidad. *Paná Petruchová* era la cabecilla de esta estrategia, disimulada y eficaz; pero, junto a ella, Jan, su marido —el que caminaba con las piernas abiertas—, y la ya mencionada *Benetková* eran los responsables directos de mi seguimiento.

Nada de esto significa que los Amigos fueran una secta (no recuerdo que nunca se hablara de Dios o de religión); tampoco una ideología (no había adoctrinamiento de ninguna clase); y mucho menos una agencia de viajes, como quizá algún incauto hubiera podido pensar. Huelga decir que no se admitía a nadie cuyo interés fuera el mero turismo. Se trataba más bien de una institución al servicio de un ideal lo

suficientemente amplio como para que muchos pudiéramos encontrarnos y, al tiempo, lo suficientemente específico para que sus puertas no estuvieran abiertas de forma indiscriminada. Pronto habría de saber que no se admitía a nadie si lo que buscaba con su ingreso en los Amigos era, simplemente, escapar o alejarse de su vida cotidiana. Por eso mismo puedo decir que yo no hui de Kromeriz —mi ciudad—, que no fui al desierto para alejarme de mi mundo o de los míos. Fui al desierto por el desierto mismo, esa es la verdad. Que allí no estuvieran los míos o que mi mundo —lo que todavía entonces llamaba mi mundo— hubiera quedado en mi país, era algo del todo irrelevante o, en cualquier caso, secundario.

—Será en el Hoggar, ¿no es así? —pregunté.

Como ya he dicho, «Hoggar» era el modo en que los Amigos designaban la casa en que se reunían.

—Es probable —me contestó Jan—. Se lo diremos a su debido tiempo, cuando se acerque la fecha.

¿Por qué aquella imprecisión? ¿Por qué no me informaban con normalidad? ¿Quizá porque ni yo mismo sabía bien lo que buscaba?

Ahora, pasado ya cierto tiempo de estos hechos pero todavía en el desierto, comprendo que ya desde entonces iba tras ese silencio —único e inconfundible— en que resuena lo esencial.

Durante la segunda asamblea, *paná* Petruchová volvió a cogerme del brazo con una total familiaridad. Aprecié entonces no solo su belleza física, que en esta ocasión se me antojó más radiante e irresistible que la primera vez, sino su habilidad para retirarse en el preciso instante en que deseaba estar solo y para aparecer —¡porque era una auténtica aparición!— cuando necesitaba de su compañía.

Por mi parte, tampoco tomé la palabra en aquella asamblea; me limité a escuchar lo que se dijo sobre el desierto en las conferencias y en las llamadas puestas en común, inconsciente aún de lo útil que todo aquello me sería llegado el momento. Ota, quien por alguna razón volvía a estar frío y distante conmigo —como deduje de sus manos prietas bajo las axilas—, disertó sobre las condiciones de vida en los principales desiertos del planeta. Habló de los países por los que cruza el trópico de Cáncer, del desierto de Libia y de Tombuctú. Se extendió tediosamente sobre la flora y fauna de estas regiones, así como sobre las exóticas costumbres de algunos de sus habitantes.

Por interesante que para muchos resultara su disertación, de todo lo que escuché en aquellas conferencias y de todos los Amigos con quienes entré en relación, quien más me impresionó fue alguien que no estuvo presente y a quien todos llamaban simplemente Charles. Por encima de la biografía del tal Charles, una especie de anacoreta aventurero a quien muchos en la asociación veneraban como a uno de los más insignes maestros del desierto, y por encima incluso de su particular carisma —

del que el profesor Pecha parecía todo un experto—, lo que más me sedujo de Charles de Foucauld (ese era su nombre completo) fue su rostro, que se proyectó en una pantalla de gran tamaño durante la conferencia del profesor. En aquella foto, Charles tendría unos treinta años, treinta y cinco a lo sumo; la instantánea había sido tomada poco después de una temeraria expedición a Marruecos, realizada tras abandonar su licenciada vida militar en el cuarto de cazadores. Lucía una media sonrisa que no dejaba ver sus dientes; los ojos muy hundidos, el cuello delgado y las orejas en punta. No parecía triste, pero tampoco feliz.

Como el abuelo que narra una vieja historia a sus nietos, el profesor Ladislao Pecha relató las vicisitudes que aquel hombrecillo había tenido que soportar en el desierto argelino. Mientras estudiaba la imagen de su rostro, fuimos informados de cómo había participado Foucauld —geógrafo al principio y, más tarde, religioso e interventor colonial— en operaciones militares en la campaña del Oranesado, antes de su conversión, y en operaciones comerciales en el Adrar, años después, con el propósito de granjearse la amistad de los nativos y ganarlos para su causa. Al final de sus días, se había retirado a un pequeño eremitorio que se había hecho construir junto a una especie de fortín. Fue allí donde resultó asesinado en una revuelta senusista por un tuareg (pueblo al que se había consagrado). Las más de seis mil cartas que se conservan de este ejemplo de amistad con el desierto, así como el inconmensurable diccionario tamacheq-francés que elaboró con admirable rigor, daban buena prueba —según el profesor— de cómo puede llegar el desierto a configurar una vida. Ante un auditorio entregado, el profesor explicó de igual modo que Charles de Foucauld fue carismático a su pesar, contra su voluntad: una especie de fundador que nunca pudo ejercer como tal. Dijo también que fue uno de esos hombres —siempre escasos— que siguen su propio camino sin que les preocupe todo lo demás; y afirmó que su secreto más íntimo se cifraba en las muchas, muchísimas, horas que pasó en silencio y soledad. Terminó diciendo que le habría encantado conocerle personalmente, aunque no tanto para hablar con él como para mirarle y disfrutar de su irradiación.

—Todos los que de alguna manera se sienten fracasados —masculló al final— encuentran en él un buen icono, y ello porque hizo el camino inverso al que suelen seguir los demás: el mundo busca el poder y la gloria —declaró Pecha, y parecía una especie de profeta cuando lo dijo—; él, en cambio, el anonimato y la oscuridad.

Este último comentario despertó en mí el deseo de conocer más a fondo a este personaje, hubiera realizado o no las hazañas que se le atribuían. Yo no poseo, ciertamente, un rostro como el suyo, tan hermoso: un rostro que es masculino y femenino al mismo tiempo y que, una vez que se ha tenido delante, por alguna razón ya no se puede olvidar.

—Charles —dije.

Sentí deseos de hablar con su imagen fotografiada.

Tardé mucho en leer y saber algo más sobre esa especie de loco o de santo que fue Foucauld, pero la imagen imborrable de su rostro me ha acompañado en algunos

momentos a los que, necesariamente, habré de referirme en estas páginas.

Seguí aquella conferencia con vivísimo interés, pero no solo por el fulgor y la intensidad del rostro de aquel místico cristiano, o por su atribulada vida, llena de desplazamientos —algo que cautivó a muchos de los presentes—, sino por el modo en que el viejo profesor la expuso. Más allá del perfecto uso de los recursos más tradicionales de la oratoria clásica —de los que Pecha, como conferenciante experimentado, hizo gala en su exposición—, lo que realmente despertó mi curiosidad fueron los largos silencios que jalonaron la intervención del profesor. Así era: cada cuatro o cinco frases, aquel viejo conferenciante guardaba unos silencios prolongadísimos. Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que aquellos fueron los silencios más largos que yo haya escuchado en una conferencia jamás. Tanto los dilataba que, en más de una ocasión —y no fui el único—, tuve la impresión de que la disertación había terminado y que todos esperaban a que alguien rompiera a aplaudir. ¿Para qué aquellos silencios?, me preguntaba yo. ¿Para pensar en lo que diría a continuación (pues hablaba sin papeles)? ¿Para darnos tiempo a reflexionar sobre lo que habíamos escuchado?

En el breve intervalo que siguió a esta conferencia, cuando me retiré a la habitación que me habían asignado en el Hoggar, tuve un encuentro que me dejó aún más confundido que todo lo anterior.

—¡Pavel..., Pavel! —susurró *paná* Benetková, haciéndome signos para que me acercara a ella en un aparte.

Benetková era una mujer muy pálida y de ojos grandes y desorbitados.

—Ahora no entenderé lo que le digo —susurró cuando estuve a su lado—, pero le ruego que no haga preguntas y siga mi consejo.

Estaba visiblemente nerviosa. Parpadeaba mucho y le temblaba el labio inferior.

—Abandone la asociación —continuó—. ¡Aún está a tiempo!

—Y ¿por qué? —quise saber, desobedeciendo de inmediato una de sus consignas—. ¿Qué puede haber de malo?

Pero a eso Benetková, que no dejó de parpadear, no quiso responder. Dijo que no estaba autorizada para darme más información y que corría un peligro grave si llegaba a saberse que me había advertido.

—¡Aún está a tiempo! —insistió, antes de marcharse.

Fueron sus últimas palabras. Estupefacto, observé cómo se alejaba con pasos rápidos y cortos.

Más tarde recibí otra advertencia, y hasta una tercera algo después —siempre en aquella segunda asamblea—; pero también estas las ignoré. La segunda vino nuevamente de Benetková, quien esa vez se valió de una nota para comunicarse conmigo. «Hágame caso —decía—. Con el tiempo lo entenderá». Sus palabras terminaban con un «le quiere» que fue lo que más me aturdió. ¿Me querría realmente

aquella señorita? Obnubilado por la incomparable belleza de Petruchová —cuya melena rizada y labios sensuales poblaron muchas de mis ensoñaciones—, así como por el indudable encanto de Plicková —a cuyo esposo no parecían importar sus continuos escauceos y probable infidelidad—, hasta entonces no me había fijado en *paná* Benetková, mucho más tímida y discreta que sus compañeras.

Por lo que se refiere a la tercera advertencia, ni tan siquiera sé si es justo que la califique como tal. Las cosas sucedieron como referiré a continuación. Petruchová y su marido llamaron a la puerta de mi cuartito del Hoggar e irrumpieron antes de que los invitase a entrar.

—Pasábamos por aquí y hemos pensado que... —dijo un cordialísimo Jan—. Al fin y al cabo, es usted nuevo entre nosotros y...

Aquella frase, como la anterior, quedó sin terminar.

*Paná* Petruchová inspeccionó mis pertenencias con impertinente curiosidad mientras Jan me contaba lo mucho que le estaba gustando la asamblea general. En lugar de sentarse frente a su marido —apoltronado en la única butaca que hubiera podido resistir su peso—, Petruchová tomó asiento a mi lado y, como había hecho poco antes, me agarró del brazo con agradable y sospechosa familiaridad. Estaba muy guapa y, ocasionalmente —mediante un movimiento brusco y espontáneo—, sacudía su melena haciéndola pasar de un lado al otro de la cara. Jan, por su parte, parecía darse perfecta cuenta de mi atolondramiento, y hubiera jurado que hasta lo disfrutaba.

—Me han dicho que está pensando unirse a nuestro próximo viaje —dijo Jan mientras su esposa, aprovechando el instante en que él no reparaba en ella, metía una de sus manos bajo mi camisa.

Sentí aquella mano gélida en mi espalda y un escalofrío, difícil de reprimir, me llenó de electricidad. Quedé tan aturdido que apenas pude seguir la ponencia de Plicková sobre la lenta pero inexorable propagación de los Amigos, que ya casi sumaban tres mil. Tan aturdido que ni siquiera me percaté de que yo nunca había manifestado a nadie mi propósito de tomar parte en alguna expedición. Sin embargo, al término del encuentro, poco antes de partir del Hoggar, comuniqué mi deseo de realizar un viaje al Sahara. Claro que entonces aún no había reparado en cómo la hábil insinuación de Jan ya había hecho en mí su efecto.

Volví a Kromeriz en autobús, muy silencioso. Junto a la figura de Charles de Foucauld, que tanto me había impresionado, durante aquel trayecto no pude dejar de pensar en *paná* Petruchová, cuya complicidad conmigo había adquirido ya las inequívocas maneras de la seducción. Pensé también, como no podía ser menos, en la breve y extraña conversación que había mantenido con *paná* Benetková, cuyas palabras de advertencia había decidido ignorar. «¡Aún está a tiempo, aún está a tiempo...!», me había susurrado antes de alejarse de mí con pasos rápidos y cortos. Acunado por el traqueteo del vehículo, recordé su parpadeo constante y sus

misteriosas palabras: «grave peligro..., siga mi consejo..., ahora no lo entenderá». Pero lo más extraño de todo había sido que, antes de poder darme cuenta, antes de haberlo considerado como sin duda lo merecía, había manifestado mi deseo de viajar al Sahara, un propósito que sellé poco después con la primera transferencia bancaria.

—Sí —dije, o dijo alguien en mí cuando me preguntaron si quería viajar con la asociación.

Y apuntaron mi nombre en una lista.

Pues bien, fue así, casi inadvertidamente, como me encontré preparándome para viajar a Marruecos.

—¿Qué vas a buscar al desierto? —me preguntaron mis compañeros de trabajo cuando lo supieron.

—No lo sé —respondí, a sabiendas de que una serie de hechos se habían confabulado para obligarme a partir.

Recordé esta breve conversación en otro autobús, el que nos condujo a Praga, donde tomaríamos el avión hasta Tánger. En medio de estos pensamientos —era el atardecer y había oscurecido—, el reflejo de mi propio rostro me sorprendió en el vidrio de la ventanilla.

## STUBEMANN

Desde que monté en el autobús que nos condujo a Praga —donde tomaríamos el avión—, me arrepentí de aquel absurdo y horrible viaje al Sahara. Como si alguien me lo hubiera advertido —como un mal presagio que ronda incansable el corazón—, poco antes de subirme a ese autobús comprendí que no debía hacerlo y, al tiempo, que ya era demasiado tarde para echarse atrás. ¿Podría negarme a volar una vez en Praga?, me pregunté. ¿Sería todavía posible retirarse de la expedición? «Debes volver —decía una voz dentro de mí—; volver a casa», insistía. Pero yo no quería escuchar aquella voz, y mucho menos someterme a lo que me ordenaba con tanta vehemencia.

Salvo uno, todos los miembros de aquella ridícula expedición me eran conocidos: el profesor Pecha estaba entre ellos; también Plicková y Petruchová, Ota y Jan. Algunos asientos detrás del mío, la inolvidable *paná* Benetková rehuyó mi mirada y evitó mi compañía durante todo el trayecto. Contra lo esperado, ninguno de los Amigos dio particular importancia al hecho de que aquel fuera mi primer viaje al continente africano. Nadie me prestó una atención especial y yo no fui entre ellos sino uno más. La única deferencia que tuvieron conmigo fue que, al poco de llegar al aeropuerto, me presentaron al nuevo: era austriaco, el último de los oficialmente admitidos en la asociación. Hablaba checo con pequeños errores —tanto de gramática como de pronunciación—, y era Amigo del Desierto desde hacía pocos meses.

—¿Pertenece usted también a los Amigos? —me preguntó en cuanto nos quedamos solos.

Se llamaba Stubemann. Todos lo llamaban por el apellido.

—Señor Stubemann —le respondí—, si quiere que le sea sincero, no lo sé.

Se echó a reír. Por alguna razón, mi respuesta se le antojó muy graciosa. Y tuve que acostumbrarme, pues muchas de mis intervenciones —por breves y neutras que fuesen— causaban gran hilaridad entre quienes me escuchaban.

—Es su primer viaje con la asociación, ¿me equivoco? —dijo Stubemann, todavía entre risas.

Stubemann, que fue mi compañero de asiento en el avión, tenía gafas de montura cuadrada. Era óptico y me aseguró que, si lo deseaba, él podría hacerme gratis unas gafas nuevas a la vuelta. Tenía la voz tan aguda que, de no ver que era él quien hablaba, su timbre habría podido confundirse con el de una mujer. En todo momento fue correcto y cordial conmigo. Por la desenvoltura con que hablaba con unos y otros, en modo alguno parecía ser el último de los miembros adscritos. No obstante, había en él algo que me importunaba: quién sabe por qué, sentí que su presencia me amenazaba y que, si él estaba presente, nada sería ya para mí lo mismo en la asociación.

Stubemann volvió a reírse, y de buena gana, cuando vio mi equipaje en el mostrador de facturación. A pesar de que mi maleta no se caracterizaba por nada en especial, no pude dejar de percatarme de que era más voluminosa que las de mis compañeros. Por supuesto que se trataba de una expedición de solo ocho días, pero parecía obvio que cualquier otro grupo de turistas —más convencional— habría llevado a Marruecos bultos más grandes y pesados.

Simulé estar dormido para que Stubemann dejase de importunarme, y fue entonces cuando me di cuenta del desconcertante silencio que reinaba entre los Amigos. En realidad, no es que los pasajeros no hablaran entre sí (yo mismo lo había hecho con Stubemann); pero creo poder afirmar que todos conversábamos en voz mucho más baja de la habitual. Por otra parte, el tono de las conversaciones no era el que suele caracterizar a quien emprende una aventura —lleno de alegría y desenfado—, sino más bien el de quien regresa de esa misma aventura, cansado por las muchas emociones y la falta de sueño.

Aproveché aquella tregua para recapitular todo lo que había vivido durante las últimas semanas: el conocimiento de la asociación por medio de la contraportada de un libro; mi primera visita a Brno con la recepción de Otlá en la estación de ferrocarril; la partida de esa misma estación a la mañana siguiente; la risa traviesa de Plicková a los pies de mi cama; la repetida y frustrada correspondencia con su marido y, más tarde, con el propio profesor... No podía negarse que todo era bastante raro. Ahora bien, lo que me aguardaba en aquel viaje al Sahara —y sobre todo después del mismo— iba a ser todavía más asombroso que mi participación en las dos asambleas en el Hoggar, que la mano de Petruchová en mi espalda —cuya simple evocación lograba encenderme— o, incluso, que la amenazadora advertencia de *paná* Benetková, quien no dejó de rehuirme durante todo aquel viaje.

Pasé mi primera noche en África víctima de una inmensa e incomprensible nostalgia por mi país. «¡Se estaba tan bien en Kromeriz!», me decía a cada rato o, por ser más exactos, decía una voz dentro de mí, la misma que me había desaconsejado tomar el autobús que me conduciría hasta Praga. «¡Quién me habrá obligado a partir!», me lamentaba en secreto.

Nada más entrar en la habitación de mi hotel, me derrumbé sobre mi cama en medio de una extraña náusea. Tardé en conciliar el sueño, presa de una sed abrasadora que no se calmaba cuando bebía. En el lecho de aquel cuartucho, yo era como un naufrago: arropado o desarropado, con las sábanas cubriéndome o hechas un ovillo y arrugadas a mis pies. Los pliegues de aquellas sábanas me hicieron pensar, inevitablemente, en el desierto que vería pocas horas después. De modo que aquella noche hice mi primer y atormentado viaje al desierto por medio de una simple

sábana. Por el movimiento de mis pies —voluntario o no—, la sábana cambiaba de forma, y con este cambio también aquel desierto blanco variaba sus contornos, instigándome a que no dejara de revolverme hasta encontrar entre aquellos pliegues un paisaje más apacible o tranquilizador. Amanecí con los miembros helados y, en cuanto me incorporé, miré aquella sábana con aprensión. ¿Me visitarían aquellos desiertos blancos durante todas las noches de mi expedición? ¿Podría conciliar el sueño alguna vez durante mi estancia en Marruecos? ¿Aparecerían y desaparecerían siempre nuevos montes o valles mediante un simple pero peligroso movimiento de piernas?

Durante la segunda asamblea en el Hoggar se había mencionado un viejo proverbio árabe que asegura que el verdadero sabor del agua solo se conoce en Marruecos. Pues bien, la sed que padecí mi primera noche en el país del desierto no la pudo saciar el agua. En una conversación informal durante la asamblea, me habían asegurado que en el desierto se descubre el verdadero valor de las cosas ordinarias, en particular del agua. Pues bien, en el Hotel Tetuán, de Tánger, padecí una sed que no dudaría en calificar de equivocada. O quizá fuera algo parecido a la sed —con los mismos síntomas fisiológicos—, pero que no era exactamente lo que los occidentales designamos con este término. He leído que los tuareg dicen que Dios creó algunas tierras con agua para que los hombres pudieran saciarse, y que también creó tierras sin agua para que los hombres pudieran experimentar la sed. En la sabiduría tuareg se dice de igual modo que Dios creó el desierto para que los hombres pudieran encontrarse consigo mismos. Claro que entonces yo estaba muy lejos de este descubrimiento.

El Sahara marroquí me decepcionó por completo, eso es lo primero que debo decir. Mi impresión de Marruecos, por otra parte, fue la de un país sucio, hostil y con gentes poco hospitalarias. De hecho, casi todos los marroquíes con quienes nos topamos hablaban el francés con fluidez, pero... ¡ninguno se dignó respondernos en esta lengua nunca! Contestaban a nuestras preguntas con evasivas; si insistíamos, se limitaban a sonreír y, al cabo, a faltarnos al respeto y darnos la espalda. Yo estaba indignado.

Si la sensación que tuve al montar en el autobús que nos condujo a Praga fue la de una total equivocación, la que experimenté al bajar del avión en Tánger —siempre con Stubemann a mi lado— fue de una desconocida y profunda desolación.

—Pero ¿quién puede vivir aquí? —pregunté sorprendidísimo, víctima de la primera bofetada de calor.

Por algún motivo, este comentario mío suscitó una vez más la hilaridad de quienes me acompañaban.

—No se engañe —me advirtió el viejo profesor—. El desierto no es infecundo —sentenció también, para dejarme luego enjugándome el sudor que había empezado a

perlar mi frente.

Junto al sofocante calor, otra sensación que se apoderó de mí al entrar en África fue la preocupación. Bastó que pusiera un pie en el continente africano para empezar a sentirme preocupado y triste, como si se avecinara una tragedia de la que yo no podría salir ileso. Aquella molesta preocupación tenía su razón de ser: no sabía qué me iba a encontrar, la novedad generaba en mí cierta angustia y ansiedad... Pero ¿y la tristeza? ¿Por qué esa sensación de pena y desvalimiento que me debilitaba hasta dejarme indolente y sin fuerzas? ¿Debo pensar en el clima? ¿En la presión atmosférica?

Desde que aterrizamos en Tánger, Stubemann comenzó a responder a mis preguntas y comentarios —siempre con su timbre de voz femenino— con asuntos muy diferentes a los que yo le planteaba (como es costumbre entre los saharauis). Cuando me escuchó reprocharle cómo se parecía su manera de responder a la de los nativos, Stubemann se quitó las gafas y las limpió con parsimonia. Siempre que pienso en Stubemann lo veo con sus gafas cuadradas en las manos, limpiándolas sin necesidad y con exagerada pulcritud.

Costaría decidir si lo peor de aquel viaje fueron las habitaciones de los hoteles en que nos alojamos —diminutas e infectas en su mayoría—, la impertinencia de los marroquíes —quienes en todo momento se comportaron con nosotros como si fueran seres superiores— o (no quiero olvidarme) los interminables e incomodísimos desplazamientos en furgoneta con el propósito de visitar los desiertos que figuraban en nuestras rutas.

## JEHUDA SERBAL

El guía que nos asignaron se llamaba Jehuda Serbal, vestía a la usanza árabe y tenía la fea costumbre de sobarse los pies (que solía llevar descalzos).

—Esta vez no hemos tenido suerte con el guía —reconoció el profesor Pecha en una cena.

En nuestra presencia, Jehuda Serbal solía ofrecer la máscara de la sonrisa; cuando creía que nadie lo observaba, sin embargo, su cara reflejaba repugnancia o desprecio. No era un hombre de fiar, lo comprendí desde que lo tuve frente a mí por primera vez. Consciente de mi menosprecio hacia él y de mi desafección por su país, Jehuda me miraba a cada rato con sus ojos pequeños. Quizá esperaba que le escupiera mi veneno; quizá incluso debí haberlo hecho.

Viajábamos durante horas —ocho horas, nueve, dieciséis...— para, una vez en nuestro destino —el desierto sobre el que tanto nos habían hablado—, permanecer tan solo unos pocos minutos. En la cordillera presahariana del Saghre, por ejemplo —donde no llegamos a estar ni un cuarto de hora—, no quise hacer ningún comentario al respecto por tratarse del primer sitio en que nos detuvimos. Quedé sorprendido de lo cercanas que estaban aquellas montañas de la ciudad y, más adelante, de la proximidad en general de los desiertos respecto a las ciudades.

—¿Cómo he venido a parar aquí? —exclamé en cuanto bajamos del autobús—. ¿Quién me ha mandado viajar a este lugar perdido en el mundo?

Estaba abatidísimo, sin fuerzas.

Formas insólitas, jamás vistas, se dibujaban infinitas ante mis ojos: un paisaje de pesadilla en el que la mano del hombre aún no había podido destruir nada.

En el macizo de Mgoun, en el alto Atlas —segunda parada de nuestra ruta—, no permanecimos ni diez minutos; comprendí entonces que todo el viaje sería así: recorreríamos precarias carreteras para llegar a parajes de los que Jehuda Serbal nos sacaría al poco de haber entrado. El guía esgrimía las excusas más inverosímiles: no solo que anochecería pronto o que nos esperaban en el hotel para almorzar (un horario que bajo ninguna circunstancia podía cambiarse), sino que otro grupo de turistas estaba apuntado a la misma hora que nosotros, por ejemplo (con lo que había que dejarles a ellos su tiempo, ¡como si en los desiertos de Marruecos no hubiera espacio para todos!), o que había recibido una llamada de carácter urgente por un asunto familiar grave.

—Si ustedes quieren quedarse... —dijo cínicamente en esa ocasión, a sabiendas de la imposibilidad de semejante alternativa.

El disgusto de los expedicionarios ante la actitud de Jehuda fue general; de hecho, no hubo quien no se quejase. No obstante, por desagradable que nos resultasen sus

modos y disposición, Jehuda no fue ni mucho menos lo peor de aquel nefasto viaje. Lo peor fue el desierto mismo; sí, el desierto. ¡Qué inmensa desilusión cuando lo tuve ante mis ojos! Y eso que solo fue durante unos minutos, pues volvieron a advertirme —como si no lo hubieran hecho ya cientos de veces— de lo peligroso que podía llegar a ser alejarse del grupo. «¿Peligroso?», quise preguntar en Erg Chebbi, un campo de dunas de unos doscientos kilómetros de norte a sur. Según nos habían contado —no pudimos verificarlo—, bastaba con explorar un poco el terreno para descubrir allí cientos de palmerales.

—¿Peligroso? —protesté al fin—. ¡Pero si solo he caminado unos metros!

—¡No, no! —exclamó Jehuda cuando me vio a la cabeza de la expedición, intentando internarme un poco. Y sonrió con su habitual mueca de cinismo y superioridad.

Stubemann, que estaba cerca, me cogió del brazo. Quizá se había dado cuenta de que estaba a punto de desobedecer las consignas.

—Puede ser peligroso —dijo él también y, por si esto fuera poco, añadió—: Jehuda tiene razón.

Habíamos pasado por el espectacular palmeral de Tinerhir, que se extiende como un río ondulado. Ahora, ante las dunas de Merzonga, me advertían de las serpientes y los escorpiones con que podría encontrarme, si es que hacía oídos sordos a las recomendaciones y me aventuraba sin los demás. Hacer cuatro mil kilómetros con el propósito de ver el desierto para luego, una vez allí, no poder adentrarse en él ni diez metros me pareció un fraude intolerable y demencial. Si ya esto habría bastado para enervarme, lo que realmente me irritó fueron la resignación y hasta indiferencia con que mis compañeros de expedición se doblegaban ante aquellas exageradas advertencias. Con todo, tampoco fue esto lo peor. Lo peor —como ya he indicado— fue el desierto mismo, que poco o nada tenía que ver con las fotografías que yo había visto de ese mismo desierto en los libros de la Biblioteca Municipal de Kromeriz. Contra todo pronóstico, la realidad del desierto en nada se parecía a mis fotografías. Intenté ver algo de la soberbia belleza de mis imágenes en la realidad, pero no hubo nada —nada en absoluto— que me las recordara. Claro que podía tratarse de los desiertos de otros países y hasta de otros continentes —pensé—, o de esos mismos desiertos pero vistos desde otra perspectiva o a otra hora del día. Lo cierto era que las fotos del desierto del Sahara que había visto en mi país nada tenían en común con lo poco del Sahara que vimos en aquellas lamentables excursiones. Concluí que entre el desierto real y la idea que nos hacemos de él, por ajustada que sea, nunca hay correspondencia.

—Uno es solo la metáfora del otro —comenté con el profesor Pecha.

—Pero no resulta fácil discernir cuál de ellos es el metafórico —me respondió él.

El malestar con Jehuda Serbal llegó al límite de lo tolerable con ocasión de la avería

de nuestro vehículo, día en que el pequeño grupo de los que conformábamos la expedición se dividió y hasta enfrentó por primera vez. Las cosas empezaron a torcerse cerca del manantial Bir Jdid, adonde nos dirigíamos para contemplar uno de los desiertos más bellos del planeta y donde estaba previsto que pasáramos la noche. La vieja furgoneta —con más viajes por el desierto de los que hubiera podido soportar— se averió cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a nuestro destino. Todos los Amigos permanecimos silenciosos en el vehículo mientras Jehuda y el chófer Anyb bajaron a mirar. Anyb era un individuo que mascaba chicle, siempre mascaba chicle, no me gustó. Tampoco me gustó su cara gris, sin afeitar, y mucho menos todavía que tuviera las comisuras de los labios hacia abajo.

Mientras ellos inspeccionaban el motor, algunos de mis compañeros se miraron compungidos. Desde el primer momento, supe que se desencadenaría la tempestad. Pero no una tempestad de arena —algo de lo que tampoco habría de librarme, como enseguida relataré—. Los ánimos de buena parte de los expedicionarios estaban caldeados y, como sospechaba, la rebelión no tardó en estallar.

Cuando Jehuda y Anyb subieron, fuimos informados de que faltaba gasolina y de que, por si este contratiempo no bastara, la batería se había descargado. Dijeron que no podía hacerse otra cosa que esperar a que llegaran los refuerzos, y nos recomendaron que bajáramos para evitar el calor. Como hasta entonces, todos reaccionaron con humillante sumisión. Algunos, sin embargo, no pasamos por alto cómo Jehuda sonrió maliciosamente al chófer poco después de habernos informado. El guía se alegraba del percance; era evidente que no le disgustaba que llegáramos con retraso a Bir Jdid y que nuestros planes, una vez más, se descabalasen. Quién sabe. Quizá la culpa de todo la tuviera el calor, que nos sofocaba en aquellos autocares sin aire acondicionado. O la tensión acumulada a lo largo de los días anteriores, puesto que el viaje no estaba resultando según los planes de la comisión.

Por un motivo o por otro, en ese instante Jan tuvo un ataque de cólera y *paná* Benetková sufrió una escandalosa crisis de llanto. Indignadísimo, Jan se puso en pie y, con sus piernas bien abiertas y en un pasillo donde apenas cabía, dijo a voz en grito que no se emprendía un viaje al desierto sin un bidón de repuesto; por supuesto que tenía razón. Dijo igualmente que lo menos que podía esperarse con lo que se había pagado era que el vehículo no se averiase, dejando a sus pasajeros a mitad de camino; también en eso tenía razón. Fuera por los nervios o por el calor, se expresó con dificultad: tartamudeando y repitiéndolo todo varias veces. Y hasta llegó a insultar a Jehuda, mientras Ota y otros cuantos intentaban apaciguarlo. Mientras todo esto sucedía, el profesor, en uno de los asientos delanteros, se cubría la cara con las manos. Lo recuerdo con toda nitidez, pues la imagen me impresionó. El profesor Ladislao Pecha parecía estar llorando, pero no: era solo el gesto con que expresaba su desesperación. Quien sí lloró (¡y cómo!) fue *paná* Benetková, a quien nadie logró entender a causa de sus fuertes convulsiones. Estaba más pálida de lo habitual y parpadeaba con violencia, víctima de un tic incontrolable.

Todos estaban muy consternados. ¿Todos? No, confieso que en mi fuero interno me alegraba de que todo fuera mal; me alegraba de haber visto a Jan fuera de sí, tartamudeando y con las piernas más abiertas de lo habitual, y de que nadie hubiera sido capaz de consolar a la pobre Benetková, quien todavía gimoteaba en un rincón. Solo el rostro del profesor, cubierto con sus grandes manos de sabio, me había turbado hasta dejarme avergonzado de la maligna alegría que se había apoderado de mí. Sin embargo, por intensos que fueran entonces estos pensamientos y sentimientos y por mucho que ahora me avergüencen, todo aquello se esfumó con la misma rapidez con que me sobrevino; hacía demasiado calor para pensar en algo que no fuera el propio calor.

Anyb y Jehuda se recostaron a la sombra, casi debajo de la furgoneta. Oí cómo reían y hablaban en árabe. Pasaron varias horas hasta que llegaron los refuerzos. Para entonces nuestro viaje a Bir Jdid ya estaba arruinado.

Desde la ventanilla del vehículo averiado —fuimos pocos los que desatendimos el consejo de bajar y permanecemos dentro—, vi cómo algunos de los Amigos deambulaban por los alrededores, sin alejarse del grupo. Algunos caminaban en parejas, la mayoría solos: parecían islas en medio de un inhóspito océano de arena. Desde donde les veía, con la luz del sol centelleando en el cristal, parecían los incomunicados habitantes de un archipiélago, uno por isla. Vivían para la asociación: era su modo —o eso decían— de entregarse al desierto (así lo expresaban: «entregarse al desierto»). Yo no.

Creo que acabé durmiéndome con la cabeza apoyada contra el cristal. Estaba agotado, pero más que del viaje propiamente dicho, del simple hecho de ser un hombre y de estar vivo. No deseaba encontrarme allí —en medio de aquella nada—; no deseaba estar en ninguna parte —si es que algo así fuera posible—, ni siquiera en mi confortable apartamento de Kromeriz, que —pese a los pocos días que habían pasado desde la partida— ya había comenzado a añorar. Advertía que mi cuerpo no estaba preparado para aquel clima y que, en consecuencia, aquella expedición había sido un error, que mi vida entera era un error. Pensé —víctima seguramente de una insolación— que no debería haber nacido, que no debería llamarme Pavel, que no debería haber pensado ni sentido nada de todo lo que alguna vez he llegado a pensar o a sentir. Y fue así como me dormí: inquieto, con la boca seca y con una extraña palpitación en la sien, que me desvelaba a cada rato por su violencia.

Quizá Jan no habría estallado y *paná* Benetková no se habría puesto a llorar si Jehuda Serbal no se hubiese perdido por la cordillera volcánica del Sirwa la tarde anterior, arruinando también aquella excursión. ¿Qué clase de guía era aquel —me preguntaba yo— que se perdía y nos hacía perder en un territorio que debía resultarle familiar? De haber podido, de buena gana habría abandonado al grupo en aquella circunstancia. Anyb y Jehuda, por su parte, no hablaron entre sí ni rieron entre dientes como harían

el día después; se limitaron a sentarse y a esconderse bajo sus túnicas, a la espera de quién sabe qué. Al cabo, tuvimos que regresar al campamento porque Jehuda no recordaba el camino. ¡No recordaba el camino! ¿No era como para indignarse y reclamar una compensación? Con la misma arrogancia con que me puso en un tren de vuelta cuando nos conocimos, Ota Plícka me respondió que el asunto no era tan grave y que, después de todo, había que comprenderlo.

—El viento puede mover las dunas de tal modo... —me explicó— que hasta los guías más expertos pueden desorientarse. En casos así —continuó, tras ajustarse la visera—, lo más sabio es no moverse en absoluto o, si todavía se puede, deshacer el camino andado y volver sobre los propios pasos.

Fue lo que terminaríamos haciendo.

Cuando la furgoneta volvió a funcionar y reemprendimos el camino, algunos comentaban que Ota no había organizado bien aquella expedición. No había contado con los imprevistos, por ejemplo; y carecía de planes alternativos. Decían que un tal Vaclav, el presidente anterior, había desempeñado las funciones propias del cargo con más cuidado y, en definitiva, que a Ota le quedaba grande la presidencia.

—¡Qué asco! —oí.

Alguien se quejaba de la baja calidad de la comida del hotel.

—¿Para comer esto hemos dejado nuestro país? —respondía su interlocutor.

Quise volverme y ver de quién se trataba. No me atreví. Algo en mi fuero interno se complacía de aquel malestar. También yo —ahora me doy cuenta— necesitaba desquitarme.

Antes de que ese veneno me emponzoñara, sin embargo —quién sabe por qué—, me acordé del hermoso rostro de Charles de Foucauld. Hasta que conocí a los Amigos, nunca había oído hablar de aquel insigne francés, anónimo en vida y famoso tras su muerte; no había leído ninguno de sus innumerables escritos ni sabía que contaba en el mundo con varios millares de seguidores. No obstante, de algún modo intuí que Charles no habría aprobado los pensamientos que me acechaban entonces y que, de conocerlos, se habría entristecido por la mezquindad de mi complacencia en el mal ajeno. Los infundios y las murmuraciones entre los viajeros, por otra parte, se habían producido desde mucho antes: casi a partir de que llegamos a los lugares desérticos que habíamos planeado visitar. No era de extrañar: el desierto es el lugar por excelencia de la murmuración. De manera que fue el pensamiento de Charles, su imagen, lo que arrancó de mi corazón el veneno de la rabia.

Con dos excursiones arruinadas de las cinco que se habían programado, a la mañana siguiente nadie se acordaba bien de lo sucedido la tarde anterior. El viejo profesor, cuyos silencios eran aún más prolongados desde que habíamos aterrizado en Marruecos, nos aseguró que la memoria flaquea con más facilidad en el desierto que en cualquier otro lugar. De pronto —aunque solo sea por unos segundos—, puede

sucedier que uno no sepa dónde está ni quiénes son los que le acompañan; puede llegar a olvidarse del día y el mes en que vive, y hasta la razón por la que se emprendió esa expedición. Anyb y Jehuda no ignoraban, ciertamente, nada de todo esto; ellos contaban con que al día siguiente todo transcurriría como siempre, con total normalidad. Con lo que yo no contaba, en cambio, era con que Jehuda no contestara al insulto del acalorado Jan: inmutable, el guía reaccionó como si ni siquiera lo hubiera oído o, mejor, como si hubiera permitido que aquellas palabras ofensivas rebotaran en su cuerpo y golpearan luego en el de Jan —quien, efectivamente, se enfadaría todavía más tras su acaloramiento—. Quizá Jehuda estuviera acostumbrado a la irritación y los arrebatos de los europeos; quizá supiera que no hay peligro alguno en quien se desfoga mediante el grito.

Aquel día fue el primero en que algunos de los Amigos se quedaron en el hotel, de modo que la expedición no fue al completo. Ota lo justificó arguyendo que muchos estaban cansados. Todos sabíamos, sin embargo, que el grupo estaba herido y que bastaba muy poco para que se encendiera la chispa y surgieran nuevas desavenencias. Durante el trayecto, Ota me explicó que no era la primera vez que sucedía algo así en alguna de las expediciones de la asociación.

—Sea por el clima o por el intenso brillo de la luz solar, mucho más resplandeciente en el Sahara que en ningún otro punto del globo, aquí basta muy poco para que unos se enojen con los otros.

En efecto, todos estábamos muy susceptibles: lo que nos permitía vivir aquellos días con tanta intensidad era lo mismo que nos hacía sufrir.

Desde la tercera noche de aquel primer viaje al Sahara conté los días que faltaban para el regreso: cinco, cuatro, tres... La espera fue muy dura, pues tan ardiente era mi deseo de montar en el avión que nos llevara de nuevo a casa como el temor a que algo se estropease al final y tuviéramos que quedarnos en África más tiempo del previsto. Qué sé yo: que nos equivocáramos de aeropuerto y perdiéramos el pasaje, por ejemplo; o que tuviéramos un accidente en uno de aquellos largos y aburridos viajes en furgoneta; o que estallara una guerra intestina entre algunas de las incontables tribus africanas y nos tomaran como rehenes. Por absurdo que todo esto parezca, estaba casi seguro de que algo así terminaría por producirse.

El hotel en que nos alojamos aquella noche era incómodo y sucio. O quizá no lo fuera y se tratara tan solo de la pobreza en que vivía toda la gente que deambulaba ociosa en el barrio en que se enclavaba. Yo no estaba acostumbrado a ver gente así, tan despojada, tan desnuda. Si aquel alojamiento no hubiera sido tan infecto, de buena gana habría permanecido allí —refugiado y escondido— los días que faltaban hasta que llegara el de nuestro regreso a Europa. Habría dado cualquier cosa con tal de ahorrarme aquellas carreteras con boquetes de medio metro de profundidad. Pero aun eso y cualquier otra penalidad estaba dispuesto a soportar: todo menos el rostro de Jehuda Serbal, sonriendo con cinismo.

*Paná* Benetková, recuperada de la crisis, se acomodó a mi lado en la barra del

bar.

—Está usted calculando los días que faltan para regresar a casa, ¿me equivoco?  
—dijo sin mirarme.

No, no se equivocaba. Lo había adivinado.

—Se lo advertí —dijo todavía, y se alejó con una copa en la mano.

Semanas más tarde, en una de las asambleas del Hoggar, supe que quien viaja al desierto pasa siempre por un momento en que desearía no haber viajado. Así que tampoco en esto era yo nada original. Como tantos otros antes de mí, y como tantos seguramente de los que vendrían después, yo quería volver atrás. Pero atrás ¿adónde?, me pregunto ahora. ¿A Kromeriz quizá? ¿Al tiempo en que no conocía la asociación? Quería volver porque, en el fondo, lo que quería era no haber partido. Quería volver porque hasta entonces nunca había vivido lo más grande que un viaje puede deparar al viajero: el deseo de quedarse, la necesidad de no volver, el impulso —irresistible— de nacer de nuevo.

El sexto día de mi estancia en Marruecos, cuando solo quedaban dos para la partida, comencé a contar las horas que faltaban para el vuelo de regreso. Fue un auténtico suplicio del que ni siquiera me libré cuando ya estuve acomodado en el avión, a la espera del despegue: el percance o la desgracia... ¡aún podían producirse!

Stubemann, con sus grandes gafas de miope, estaba nuevamente a mi lado; agradecí que ni él ni nadie me preguntara por mis impresiones de la expedición. ¿Qué podría haber respondido? ¿Que nunca más viajaría ya con los Amigos? ¿Que se olvidasen de mí para siempre en la asociación? ¿Que el desierto me había decepcionado?

A la puerta de mi casa en Kromeriz, todavía con las llaves del portal en la mano, supe que ya no regresaría más al Hoggar, que ya no participaría en ninguna asamblea; supe, en fin, que mi amistad con el desierto —si es que alguna vez había existido— había concluido.

Poco después de llevar las maletas a mi dormitorio, reparé en una de las fotografías que semanas atrás había enmarcado y colgado. Contemplé aquel paisaje desértico durante unos instantes con los brazos en jarras y, contra lo esperado, tuve que reconocer que no estaba satisfecho de mí mismo ni especialmente contento por estar de nuevo en mi país. Más bien al contrario: una sensación de desvalimiento y desazón, muy similar a la que había experimentado en el aeropuerto de Tánger, me invadió entonces de pies a cabeza hasta dejarme extenuado. Tuve que sentarme.

Fue al regresar a Kromeriz cuando me di cuenta de lo infeliz que era en aquel lugar; rodeado de mediocridad, no percibía que mi existencia era rutinaria e insípida. Desalentado por esta impresión, decidí que a la mañana siguiente descolgaría aquellas fotos; pero la verdad es que a la mañana siguiente —y no porque no me acordase— no las descolgué. Creo poder decir que fueron precisamente aquellas tres

fotos —más que ninguna otra cosa— las que determinaron todo lo que habría de sucederme después. Contemplé aquellas imágenes mucho tiempo durante las semanas que siguieron a mi primer viaje al Sahara. De mi aventura en el desierto, de mi fascinación por este concepto y por esta realidad, aquellas fotografías parecían ser lo único destinado a perdurar. Bueno, quizá también la mano fría de Petruchová en mi espalda (algo que, ocasionalmente, seguí evocando no sin conmoción).

A la hora de despedirnos, ya en Praga, Stubemann me dio un abrazo mucho más afectuoso de lo que yo habría esperado. Quizá intuyera que ya no volveríamos a vernos; o acaso sospechara que mi amistad con el desierto había llegado a su fin. Pero se equivocaba. Los dos nos equivocábamos.

## EL DESIERTO EN CASA

El fenómeno que desató el siguiente episodio en mi historia de amor por el desierto fue de apariencia intrascendente: cuando estaba fuera de casa, deseaba siempre volver lo antes posible para, una vez allí, ponerme frente a mis fotografías del desierto, que contemplaba durante largo rato. Cuando esto no me resultaba posible —fuera por mi trabajo o por cualquier otra razón—, recurría a los libros sobre el desierto que había comprado o tomado prestados de la biblioteca, y de los que en aquellos días no me separaba jamás. El mero contacto de aquellos volúmenes en mis manos, aun cuando no los leyera, bastaba para aliviar mi abrumadora nostalgia. ¿Nostalgia? ¿Era razonable sentir nostalgia por un lugar del que había querido marcharme al poco de conocerlo?, me preguntaba. ¿No era una locura que quisiera volver a un país que no me había gustado? Pero todas estas preguntas se disolvían en la nada —como el viento que arrastra la arena— cuando me sentaba frente a alguna de aquellas imágenes.

La misma intensidad con que el desierto real me había remitido —aunque fuera por contraste— al de mis fotografías (que en el Sahara ansié volver a ver con una melancolía venenosa), me remitía ahora del desierto fotografiado al real. Por eso, dos meses después de mi llegada del Sahara —una tierra a la que había jurado no volver—, mi obsesión por el desierto llegó a su punto más extremo. Se apoderó de mí una melancolía tan terrible que tuve que reflexionar sobre la causa del poder de seducción que aquel lugar ejercía sobre mí. ¿La soledad? ¿La vastedad de los espacios? ¿La infinitud del horizonte? ¿Por qué parece bello lo desolado?, quería saber. ¿Por qué me había enamorado de aquella tierra llena de nada y polvo? Lo que había visto en Marruecos era, ciertamente, muy diferente a todo lo que había podido ver y vivir antes en mi patria: tan distinto de todo lo mío y, sin embargo, tan parecido a mí. Parecido... ¿a mí? Esta pregunta, como tantas otras, quedó en suspenso.

Frente a los paisajes desolados de mis fotografías, en aquellas semanas experimenté una soledad desconocida para mí. Cualquier palabra que alguien hubiera querido decirme cuando estaba frente a mis imágenes habría sido del todo inútil.

Así como el proceso de desertización avanza a un ritmo de dos mil kilómetros cuadrados al año —según leí—, así avanzaba también, y al mismo ritmo, ese mismo proceso en el escenario de mi alma, que se vaciaba día a día hasta quedar irreconocible. Piedras, montes, valles...: todo estaba sometido en mi corazón, como en el desierto, a una erosión imparable. Pero ¿qué quedaría de mí si proseguía la erosión?, llegué a preguntarme. Si continuaba ensimismado en aquella suerte de viciosa contemplación, cualquier forma de vida que pudiera aletear en mis adentros sería extinguida; esos eran los hechos. Lo extraordinario de todo este asunto era que

esta deducción, esta devastación, no me importaba. Antes bien la deseaba como pocas veces he deseado algo en la vida; anhelaba esa pobreza y necesaria desnudez a la que el desierto parecía invitarme.

Como es natural, continuaba acudiendo a mi trabajo; debo admitir, sin embargo, que en aquella época y a causa del desierto, de mi afición por el desierto, se enfriaron muchas de mis relaciones con familiares y compañeros. Tanto era el tiempo que deseaba estar frente a mis fotos y tan grande el deleite que esta contemplación me proporcionaba que, cuando efectivamente estaba frente a ellas, todo lo demás —todo sin excepción— se me antojaba enojoso y prescindible.

—¿Te gusta el desierto?! —me preguntaban mis conocidos no sin asombro—. No lo entendemos.

No traté de explicarlo, nunca traté de explicarlo. Explicar las razones de un amor es siempre un despropósito.

—Sí —me limitaba a responder, y no añadía nada.

Cuando digo que amo el desierto, ¿qué digo estar amando? ¿La arena ardiente por el día y helada por la noche? ¿Las muchas y variadas formas de las dunas? ¿El cielo estrellado y la luna enorme, como un astro vivo y equivocado? ¿La soledad? ¿El vacío? Quizá solo ame el concepto de desierto, y quizá lo ame porque quiero ser como él. Amo el desierto porque es el lugar de la posibilidad absoluta: el lugar en que el horizonte tiene la amplitud que el hombre merece y necesita. El desierto: esa metáfora del infinito.

Tanto como mi amor al desierto, a mis seres queridos y conocidos les extrañaba que no explicase ese amor; pero sobre esta última extrañeza ninguno de ellos se atrevió a preguntarme. No me importó. Uno de los efectos del amor al desierto —quizá del amor en general— es que el parecer ajeno pierde progresivamente toda importancia. Cuando uno ama el desierto, tiene la impresión de que se aproxima a su origen y a su meta.

Por otro lado, o eso decía yo para justificarme, tenía amigos nuevos —los Amigos del Desierto—, pero ellos no me llamaban ni molestaban jamás, por lo que, en justicia, difícilmente podían entrar en el concepto convencional de amistad.

Nunca he sabido a qué dedica su tiempo libre la mayor parte de los miembros de la asociación, más allá de al desierto mismo. Quizá por ello, en alguna ocasión y víctima de la nostalgia que se adueñó de mí durante aquella época, los imaginé a todos (a los tres mil) ante fotografías parecidas a las mías y ensimismados con aquellos desiertos representados —dado que no siempre les era factible desplazarse a los reales—. La idea de todos aquellos solitarios, distintos y distantes pero unidos por un mismo acto, me consolaba.

Utilizo el término «contemplación» para referirme a lo que yo hacía cuando me situaba ante mis fotografías, pero no sé si es el más adecuado. De serlo, ¿cómo

explicar que, tras haber pasado tantas horas frente a esas imágenes, concluyera no pocas veces con el descubrimiento de algún nuevo detalle o de alguna nueva sensación?

En realidad, por aquel entonces habían sido todavía muy pocos los días que había pasado en el desierto: una cifra irrisoria en el conjunto de mis cuarenta y dos años de vida. Sin embargo, esas pocas jornadas en Marruecos habían sido tan singulares e intensas que las que vinieron después —ya en Europa— no transcurrieron sin que recordara aquellas en que tuve aquel paisaje ante mis ojos. El desierto es, sobre todo, una nostalgia. No hay ojos que no lo recuerden si lo han visto alguna vez.

Veía aquellas fotografías y, como si estuviera inscrito en ellas, veía también —o recordaba— el rostro de Foucauld tal y como lo había visto en la imagen que el profesor Pecha había proyectado durante su conferencia. Charles, con la cabeza ligeramente ladeada, parecía mirarme. No me decía nada, por supuesto; pero yo comprendía que la aparición de aquella imagen en el magma de mis pensamientos obedecía a una intención muy concreta que, sin embargo, no era capaz de descifrar. Ahora sé que hay hombres a los que puede amarse antes de conocerlos; y que Charles de Foucauld es, ciertamente, uno de ellos. Hay hombres que logran decirlo todo con su rostro. Quién sabe si es porque nunca perdieron su humanidad.

«Estimado amigo Otlá —así comenzaba el correo que, pasado algún tiempo, no pude dejar de escribir—. En estas últimas semanas, tras mi regreso del Sahara, me he preguntado si vais a organizar pronto alguna otra expedición. Si así fuera, me gustaría reservar una plaza. También quisiera saber —y concluía— si debo rellenar alguna solicitud para formalizar mi pertenencia a los Amigos. Afectuosamente», y mi nombre.

Envié aquel correo no sin maravillarme de cómo había podido cambiar yo tanto en tan pocos días. ¿De verdad estaba dispuesto a soportar de nuevo aquellos hoteles infectos, a encontrarme con el guía Serbal, a viajar ocho horas por carreteras infames para luego estar pocos minutos ante unos parajes que ni siquiera me habían gustado? Mi respuesta a esta pregunta era tan sencilla como inexplicable: sí, lo deseaba. Todo lo que no fuera el desierto me aburría y dejaba pesaroso. El desierto, físico y mental, se había apoderado de mí.

«Entendemos que quieras regresar al Sahara —decía la contestación que Otlá me envió al día siguiente—. De hecho, entre quienes viajan al desierto son pocos los que no han querido volver. La inmensa mayoría realiza un segundo viaje; pero solo algunos, debes saberlo, quedan hechizados hasta el punto de necesitar otros muchos viajes más. Lamento comunicarte, sin embargo, que no podrás acompañarnos en nuestra próxima expedición».

Y especificaba, quizá para fastidiarme, las fechas y las rutas. Él iba, naturalmente; y también su encantadora esposa. Repetían, de igual modo, Petruchová y Benetková

con sus respectivos maridos, y, en fin, Stubemann y los demás. ¿Por qué, entonces, se me excluía?

«Si mantienes tu interés, tal vez puedas participar en el viaje de septiembre», seguía diciendo el correo de Otlá.

Pero ¿quién se había creído aquel hombrecillo que era para decirme lo que yo podía o no hacer?, me pregunté, irritado por aquella inesperada respuesta. ¿Es que nuevamente iba a ponerme en un tren de vuelta, como hizo a las pocas horas de conocerme?

Aquel correo terminaba diciendo que si de verdad deseaba realizar un segundo viaje con ellos, como había asegurado, debía colaborar antes en la preparación de alguna expedición —en la que, sin embargo, no podría tomar parte activa—. «Ayudarás de este modo a que otros vivan la experiencia —terminaba Otlá—. Estamos seguros de que comprenderás esta medida y de que la aceptarás de buen grado».

Así que quería ir al Sahara y no me lo permitían.

Pasé varios días enfadado y sin responder, convencido de no precisar de la aprobación o del consentimiento de aquella gente para viajar a cualquiera de los desiertos africanos. Al fin y al cabo, podía partir por mi cuenta. ¿Quién me lo impedía?

Y en esa lucha estuve hasta que una noche, frente a una de las fotografías, mi nostalgia del desierto y de sus Amigos fue tan irresistible que escribí una respuesta en unos términos muy distintos a los que había proyectado. Fue muy breve: «¿Qué debo hacer?», rezaba mi correo, y una fórmula de despedida.

¿Qué debo hacer? Quizá fuera esto lo único que los Amigos esperaban de mí.

¿Se puede querer volver a un lugar donde no se ha sido feliz? ¿Volvemos al lugar de nuestros tormentos para sanar nuestras heridas, para abrirlas? ¿Qué buscaba con exactitud? ¿La causa de mi infelicidad, la felicidad que no había sabido encontrar?

Para que los viajeros del desierto pudieran concentrarse en lo esencial (pero ¿qué sería «lo esencial»?), seguía sin comprenderlo), todas las expediciones de la asociación eran preparadas por una pequeña comisión a la que se encargaba la compra de los billetes, la contratación de un guía local, el diseño de la ruta y la confección de unas carpetas que cada viajero solía llevar consigo. Se me invitó a formar parte de una de esas comisiones y, contra todo pronóstico, disfruté mucho preparando aquel viaje que nunca emprendí. No fue solo porque Jan y su esposa estuvieran en dicha comisión (con lo que mi relación con *paná* Petruchová llegó a un punto del que deberé dejar constancia), sino porque descubrí que la única manera de sacar provecho de un viaje al desierto —quizá de un viaje a cualquier lugar— era preparándolo lo mejor posible.

Solo me entristecía que Otlá Plícka no se hubiera pronunciado sobre mi petición

de admisión a los Amigos; claro que tampoco yo le había preguntado al respecto, al suponer que —conocida mi voluntad— él mismo plantearía esta cuestión a su debido momento.

Durante la preparación de aquel nuevo viaje, que tendría lugar durante la primavera de ese mismo año, *paná* Petruchová no volvió a introducir su mano fría y traviesa bajo mi camisa. Quien colocó su mano sobre mi hombro, en cambio —no en mi espalda—, y como signo de amistad —no de provocación erótica—, fue su marido Jan. El hecho sucedió en una de nuestras sesiones de preparación, cuando estábamos alrededor de una mesa de gran tamaño ante un mapa del África sahariana desplegado. Yo explicaba una de las rutas que había diseñado tras largas horas de estudio y consulta. Jan, que había subido unas cervezas de la despensa, estaba a mi derecha, de pie y con las piernas muy abiertas. Vaclav, el anterior presidente, a la izquierda. Sus mujeres, Petruchová y Benetková, se habían situado frente a nosotros: la primera parpadeando a cada rato; la segunda pasando su larga y rizada cabellera de un lado al otro de la cara mediante bruscos movimientos de cabeza. Con el dedo índice sobre aquel gran mapa del Sahara argelino, mientras explicaba las posibilidades y los inconvenientes de las rutas que había diseñado, me sentí por primera vez como un auténtico Amigo del Desierto. Aquella sensación de pertenencia —tan desconocida hasta entonces para mí— me hizo sentirme, al menos por unos instantes, muy feliz. Porque no era solo que, tras tanta resistencia por su parte, perteneciera al fin a esa rara agrupación; era —cómo decirlo— que finalmente pertenecía al género humano. Sí, al género humano: por infundado que este sentimiento pueda parecer a quienes nunca lo hayan experimentado, en aquel momento yo me sentía miembro de una comunidad y heredero de un ideal. Sí, de un ideal. Me sentía corresponsable: algo así como la parte de un todo o el miembro de un organismo sin el que ese organismo se resentiría y quedaría dañado. Ahora que les conozco bien puedo decir que los Amigos del Desierto no idealizan la soledad; la han sufrido demasiado en carne propia como para idealizarla. Los Amigos del Desierto son —esa es, a mi juicio, su mejor definición— una congregación de solitarios. Solo en algo así, tan paradójico, podría encajar un hombre tan desarraigado e independiente como yo.

Fue mientras daba aquel informe cuando sentí cómo la mano de Jan se apoyaba sobre mi hombro. Era una simple muestra de afecto, sin duda; pero lo cierto es que me hizo sentirme culpable —y ello a pesar de que nada había en mi comportamiento con su esposa de lo que tuviera que avergonzarme—. Con aquella mano sobre mi hombro, seguí explicando la ruta que les proponía; y todavía continué haciéndolo durante un buen rato —aunque con torpeza creciente— hasta que sentí cómo la mano de Petruchová se posaba —inequívocamente seductora— sobre mi pierna derecha. La miré asustado: tenía el pelo bastante revuelto y estaba más guapa que nunca. Una ola de calor coloreó mi rostro y tuve que respirar con fuerza.

Dejando aparte este desconcertante episodio, la preparación del viaje a los desiertos del Adrar y el Oued, así como su posterior realización, fue todo un éxito.

Como he dicho, aquella fue la coyuntura que me hizo comprender que al fin me había convertido en un Amigo del Desierto; sin hijos ni esposa, había encontrado en aquel grupo una familia con quien compartir una misión. Y tan dichoso me sentí durante la preparación de aquel viaje en que no me había sido permitido participar que, si Ota me lo hubiera propuesto —si solo me lo hubiera insinuado—, yo habría estado dispuesto a preparar de igual modo cuantos viajes hubieran sido necesarios. No fue el caso: en el segundo viaje que hice al Sahara comprendí bien lo que me había sucedido en el primero. Vi con claridad que el desierto, esa tierra de muerte que puede transmutarse en un fértil jardín, es un lugar vacío solo para quien no lo sepa ver. Permanentemente amenazada y en condiciones muy adversas, la vida —mi vida— se expresó en el desierto en toda su plenitud. No, no creo que lo que allí estaba a punto de vivir hubiera podido sucederme en cualquier otro lugar. Entre el desierto y yo, y acaso entre el desierto y todo hombre —no lo sé—, existe un vínculo secreto que no es traspasable a ningún otro paisaje natural.

## LA TORMENTA DE ARENA

Septiembre —fecha de mi segundo viaje al Sahara— llegó para mí mucho antes de lo esperado. En aquella expedición fuimos también dieciocho, por lo que tuve que preguntarme si aquella coincidencia en el número de los viajeros —como tantas otras aparentes «coincidencias» de las que luego habría de percatarme— era una verdadera casualidad; me pregunté incluso si habría algo en aquella asociación que fuera pura y simplemente casual. Todos los participantes eran una vez más los mismos Amigos de siempre. Solo había uno a quien no conocía: un tal Vlk, quien —también «casualmente»— hizo a mi lado el trayecto hasta Praga.

—¿Pertenece usted a los Amigos del Desierto? —le pregunté, no bien estuvimos acomodados.

Nunca le había visto en ninguna asamblea.

Su respuesta me dejó estupefacto.

—Si quiere que le diga la verdad —dijo el joven—, no lo sé.

Me eché a reír, por fortuna con una risa más viril que la de Stubemann, quien se había cortado el pelo y cambiado de gafas, lo que daba a su rostro un aspecto muy diferente.

Vlk parecía asustado. Claro que era muy joven, sin duda el más joven de nuestro grupo. Me contó que estudiaba medicina y que residía en el barrio periférico de Kacerov, donde había conocido a los Amigos. También que tenía una novia de origen árabe llamada Marua, y que pensaban casarse en cuanto ambos terminaran sus respectivas carreras. Por mi parte, intervenía solo cuando mi silencio hubiera resultado maleducado o inoportuno.

Aquel joven quiso saber si yo era Amigo del Desierto desde hacía muchos años, así como si no estaría él llevando demasiado equipaje, puesto que los demás traíamos tan poco. También le intrigaba que todos habláramos en voz tan baja en el autobús. Vlk me resultó muy agradable, pero debo reconocer que entonces no fui con él particularmente afectuoso o acogedor. Todavía hoy no sé por qué.

Es curioso cómo el mismo escenario puede provocar sensaciones tan contrapuestas en quien lo contempla en situaciones diversas. Mi actitud durante mi anterior viaje había sido tan nefasta que, pese a ser ya la segunda vez que visitaba el Sahara, en ningún momento tuve la sensación de que había regresado.

De esta segunda expedición solo puedo decir que todo fue muy distinto y, a la vez, muy parecido a la primera. Parecido porque ni los hoteles de mi segundo viaje fueron más limpios, ni mejores las carreteras que nos conducían a ellos; y parecido

también porque la sensación de equivocación que me asaltó la primera vez en el autobús a Praga, se repitió en cuanto desembarqué del avión en el aeropuerto de Argel. Es posible que no fuera exactamente una impresión de desolación y desvalimiento (como en el aeropuerto de Tánger, cuyo recuerdo se avivó entonces con increíble intensidad), sino mero cansancio: miedo a tropezar en la misma piedra y... —cómo decirlo— un sentimiento de cortocircuito interior. Pude sobreponerme gracias al joven Vlk.

—No me siento bien —dijo el muchacho, y se agarró a mi brazo para que le condujera al sector de recogida de equipajes.

Tenía el rostro desencajado. Dijo que la mandíbula se le iba de un lado a otro sin que la pudiera controlar. Ayudar a un novicio del desierto —digámoslo así— me ayudó a sobreponerme a mí mismo.

Ahora bien, junto a la similitud entre ambos viajes, hubo también, ciertamente, sus diferencias. La principal de ellas la marcó sin duda Shasu, nuestro guía: un muchacho de ojos negros y sonrisa blanca que conquistó al grupo desde que se presentó con desenfado junto al mostrador de facturación internacional. Como Jehuda Serbal, Shasu vestía al estilo árabe, aunque no llevaba turbante. Pensé que no llegaría a los catorce años —quince a lo sumo—, mientras nos saludaba y daba las primeras instrucciones. También pensé, en ese primer momento, que más bien sería yo quien debería protegerlo a él si es que nos aguardaba algún peligro; pero una vez más me equivocaba: fue él, sin duda, quien habría de protegerme a mí (como más adelante referiré). Lo más sorprendente fue que, siendo tan joven y musulmán, fumara tanto, algo que no vimos hacer en Argelia a ningún otro chico de su edad.

—Pueden llamarme Shasu —dijo al término de su discurso de bienvenida, en el que dio una prueba patente de su autoridad—. Les ruego que me sigan. —Y nos condujo a buen paso hasta el autobús que habría de conducirnos a Orán.

Si tuviera que poner nombre a mi segundo viaje al Sahara, ese nombre sería sin duda el de Shasu. No digo esto porque el muchacho adquiriera particular protagonismo en el grupo (sus explicaciones eran más bien escuetas) ni porque no quisiera dejarnos ni a sol ni a sombra, como hacían otros guías, en la esperanza de que así se llevarían propinas más sustanciosas. No. Shasu protagonizó aquellos días en el desierto argelino gracias a su indefinible encanto y a su belleza. ¿Su belleza? También podría hablar de su armonía, por ejemplo, o de su luminosidad, pues todo él desprendía un aura brillante que le convertía —lo quisiera o no— en el obligado centro de atención. Todavía me emociono cuando escribo sobre Shasu.

Ya la primera noche, poco después de llegar a Orán —donde establecimos el campamento base—, supe que aquel muchacho, con su absurdo cigarrillo en la mano, me había robado el corazón. Confieso que me dormí pensando en él. No pensaba en el desierto, que por fin tenía tan cerca tras más de medio año de espera. No pensaba en el joven Vlk, a quien había dejado indispuerto en su habitación y a quien, horas después —cuando pasé junto a su puerta—, había oído gimotear. Tampoco pensaba

en *paná* Plicková, cuyo vacío (ella no había podido acompañarnos) se hacía sentir como el de ningún otro de los Amigos. Ni en la bella Benetková, quien por fin había dejado de insistirme en que me apartara de la asociación. No, pensaba en Shasu, a quien acababa de conocer: en su piel oscura y sus ojos negros como el carbón; en su cabello fino y largo; en la gracia y desenvoltura con que se movía y encabezaba el grupo.

Pese a lo mucho que me habría gustado conversar con él, durante las horas en que estuvimos juntos —antes de que nos dejara en el hotel para la cena y el descanso—, no me atreví a dirigirle ni una palabra. Me infundía respeto. Respeto es la palabra exacta. Por absurdo que pueda parecer, temía que cualquier cosa que pudiera decirle resultase equívoca.

Poco antes, durante el viaje en autobús, había cerrado los ojos mientras anochecía en Argel. El traqueteo del trayecto hasta Orán consiguió adormilarme y el joven Vlk ya no estaba a mi lado; hablaba con Stubemann, dos asientos más atrás. De pronto, todavía con los ojos cerrados, sentí cómo una mano se posaba sobre mi frente. Resistí la tentación de comprobar de quién se trataba; y simulé estar dormido. Durante un instante pensé que aquella mano no podía ser más que la de Shasu y, todavía más, deseé que fuera la suya.

—No parece que esté enfermo —dijo *paná* Petruchová a un compañero a quien no pude identificar.

Y, antes de retirarse, volvió a deslizar su mano tibia por mi frente con gran dulzura.

Durante nuestro primer día de ruta, el segundo de la expedición, visitamos los desiertos de Batna y Sétif. Lo que mi dedo había conocido deslizándose por el mapa lo iban conociendo ahora mis pies, caminando por el terreno. También en este sentido aquel viaje sería para mí un regreso. Durante aquellos desplazamientos tuve periódicamente la necesidad de desplegar mi mapa y consultarlo, imaginando que aquel viaje nunca habría sido el mismo si mi dedo índice no se hubiera desplazado antes por un mapa del continente africano. Sin embargo, no puedo asegurar que estos parajes sean realmente tan impresionantes como las fotos que había visto de ellos en los libros de la Biblioteca Municipal de mi ciudad, o como las tres grandes imágenes que colgaban de las paredes de mi casa, en la lejana Kromeriz. Como los de buena parte de mis compañeros, mis ojos estaban puestos en el guía Shasu, quien nos daba entonces las últimas indicaciones sobre cómo debíamos movernos por el desierto para no correr ningún peligro. Tenía razón en todo lo que nos dijo: hasta que no estuvimos muy cerca, sobre las dunas mismas, no nos dimos cuenta de la terrible inestabilidad de aquellas tierras, capaces de transformarse en pocas horas hasta quedar irreconocibles.

Por esta perpetua movilidad de la arena, todo saharai es un nómada aunque

nunca se mueva de donde haya nacido. El paisaje que tiene ante sus ojos es siempre distinto. Es la propia tierra la que viaja a su alrededor. Esto explica por qué el pueblo árabe es tan magnánimo y tolerante (en contra de lo que suelen pensar quienes no lo conocen): saben que todo es transitorio, hasta lo que parece más sólido o estable. Pues bien, como aquellas dunas cambiantes, también yo estaba a punto de cambiar. No era ya el mismo hombre que un año antes; aunque no me diera cuenta, ni siquiera era el mismo que una hora atrás.

Mientras escuchaba al muchacho me recosté, maravillado de la materna suavidad con que la arena me acogía en su regazo. Pocos minutos después, me incorporé aterrorizado: la arena había cubierto buena parte de mi cuerpo y... ¡me estaba enterrando! El desierto quería hacerme suyo. Me incorporé de un salto y sacudí nerviosamente la arena de mi ropa.

—No se puede caminar por el desierto sin cubrirse de polvo —explicó entonces Shasu con su eterno cigarrillo entre los dedos—. O se hace uno amigo del polvo o, sencillamente, debe abandonar este lugar.

También en eso tenía razón: durante todos los días de aquel viaje al Sahara argelino tuve arena en mi cuerpo; la encontraba por las noches en los dedos y las plantas de los pies, en las orejas; me la sacaba de las ingles y las axilas...

Me descalcé. Muchos me imitaron. Yo era uno más, por supuesto; pero —quién sabe por qué, posiblemente por temeridad— de algún modo me sentía como el cabecilla de aquel pequeño grupo de Amigos.

—¿Cómo consigues orientarte? —le pregunté poco después al muchacho.

—Sigo las huellas en la arena —me contestó.

Miré la arena con toda atención, pero no pude descubrir ni una sola de esas huellas que Shasu decía rastrear.

—No se olvide de que estas dunas, en apariencia inocentes y perfectas, son el resultado de una increíble fiebre destructora —prosiguió él—. Y no se crea que están quietas. Todo lo contrario: se mueven sin cesar y cambian siempre de forma.

Aquellas advertencias —y no solo las de Shasu, sino también las de Jehuda Serbal en el viaje anterior, así como las de los Amigos en las conferencias del Hoggar — se me antojaron exageradas hasta que... Yo mismo tuve que afrontar, y en esa misma jornada, uno de los tan famosos y terribles peligros del desierto de Sétif. ¿Cuánto me habría alejado del grupo? ¿Un kilómetro? ¿Dos? Estoy seguro de que no fue más; no había dado tiempo para alejarse más. Poco antes el profesor Pecha nos había comentado que nadie que no hubiera estado en el desierto totalmente solo —aunque fuera por pocos minutos— sabía de verdad lo que un desierto podía llegar a ser. Dijo también que quienes se atrevieran a distanciarse del grupo —tomadas las debidas precauciones—, podían hacerlo durante unos minutos, aunque solo fuera para intuir en qué consistía aquella soledad tan especial. Charles de Foucauld había vivido así, solo. Fue este último comentario —la referencia a Foucauld— lo que me ayudó a decidirme; y todavía hoy me pregunto si verdaderamente arriesgué la vida en aquella

ocasión. También me pregunto por qué no nos advertiría Shasu de la asombrosa velocidad con que en Sétif podían desencadenarse las tormentas. Porque ¿cuánto tiempo pasaría en realidad hasta que el paisaje se transformó a mi alrededor? ¿Cuántos minutos hicieron falta para que las figuras de mis compañeros —que todavía divisaba a lo lejos— dejaran de distinguirse, envueltas en la niebla? Cinco minutos de terror, de auténtico terror; y uno de gloria, acaso solo medio: el de mi salvación.

Una tormenta en el desierto es cien veces más terrible que una en el mar. Y es que la arena no solo ciega y flagela el cuerpo, sino que recuerda al hombre —sea discreta o violentamente— de dónde viene y adónde debe volver. Tardé en entenderlo: la fascinación por la arena no es otra que la fascinación por nuestros orígenes y, también, por aquello hacia lo que todos estamos abocados.

Tuve la impresión de que las huellas que dejaba al caminar, y que el viento borraba enseguida, eran como los renglones de un gran y misterioso cuaderno en el que solo Dios podía leer. Tal era la velocidad con que el viento borraba las huellas que dejaba tras de mí que parecía como si nunca hubiera estado en aquel lugar, o como si no hubiera llegado hasta allí a pie sino caído del cielo. Y era tal la avidez con que ese mismo viento devoraba mis huellas que hasta parecía que fueran valiosas para él. El desierto me arrebatava mis propias huellas antes de que pudiera volverme para verlas. Era como si mis huellas fueran heridas que yo había infligido a las dunas: cicatrices que el viento del desierto se apresuraba a curar. El viento del desierto —eso es lo que pienso— guarda una inmensa colección de huellas humanas.

Las dunas comenzaron a moverse bajo mis pies como lo hace el mar cuando hay temporal: primero suavemente, como escondiendo el peligro, pero enseguida con una violencia incontenible. Fue aquel primer movimiento, suave y ondulante, lo que me perdió: obnubilado por un suelo que se desplazaba —dibujando las más maravillosas formas—, permanecí hechizado hasta que el polvo comenzó a levantarse y a golpearme el cuerpo y la cara. Aunque al principio no me lastimaba, lo cierto es que me impedía la visión como si se tratase de una lluvia muy espesa. Al final, la arena comenzó a abofetearme hasta hacerme daño; yo, sin embargo, continué sin dar un paso. Seguía en pie, plantando cara al viento y permitiendo que cada una de aquellas partículas se me clavara en la piel. ¿Por qué consentía que el desierto me torturase? ¿Me disponía a vivir un bautismo de arena? Creo que fue en ese instante, en medio de esa tormenta, cuando comenzó mi transformación.

Si miraba al frente, aquella niebla asesina me golpeaba el rostro, impidiéndome gritar para hacer notar mi presencia y pedir auxilio. Minúsculas partículas de polvo me impedían distinguir nada más allá de cuatro o cinco metros. ¿Había viajado hasta allí para morir?, tuve tiempo de preguntarme. ¿Era así como el desierto me correspondía? Si miraba hacia abajo, entonces el movimiento de las dunas, el simple

movimiento de las dunas, lograba marearme hasta el punto de hacerme caer. Estaba en un territorio que se abría a mis pies y que jugaba conmigo a su merced, en una tierra tan peligrosa o más que un mar embravecido. Para evitar una y otra sensación —el mareo ocasionado por ese terreno tan inestable y la bofetada de la arena—, tuve que dirigir mis pasos hacia la zona donde, según calculaba, había dejado el grupo. Caminé con la cabeza cubierta por la camisa, como hacen los beréberes y beduinos, quienes saben bien cómo protegerse de estas inclemencias de la naturaleza. Pero de esta guisa, cubierto con la camisa y a oscuras (el sonido de mi respiración jadeante me asustó), solo pude avanzar unos pocos metros antes de derrumbarme. Caí en un pozo, o esa fue la impresión; pero el pozo —también fue esa la impresión— se convirtió enseguida en una especie de surtidor del que pronto salí despedido. El desierto me raptaba, pensé; me llamaba, me quería para sí.

Durante algunos segundos, mientras el viento de Sétif jugaba conmigo a su capricho, vi a las tres mujeres que, en cierto sentido, eran para mí el mejor símbolo de la asociación: Plicková, Benetková y Petruchová, a cual más bella. Escuché la risa de *paná* Plicková a los pies de mi cama, con el desayuno en mis rodillas. Escuché igualmente la advertencia de Benetková: «¡Márchese, todavía está a tiempo!». ¿Por qué no habría seguido sus consejos? Sentí, en fin, la mano de Petruchová primero en mi espalda, seductora, y luego en mi frente, tibia y maternal. Acto seguido me pareció distinguir las tres fotos del desierto que colgué en las paredes de mi domicilio en Kromeriz: una tras otra, como formando un tríptico, pero algo borrosas. Me acordé entonces de Charles de Foucauld como si le hubiera conocido; y hasta creo que le invoqué, como si creyera en su santidad. Con el pensamiento de Foucauld y con la arena golpeándome y clavándose en mis costados, tuvo lugar ese minuto de gloria al que he hecho referencia: el de mi salvación.

Shasu, el muchacho, había salido en mi busca, había dado conmigo y se agarraba con fuerza a mi cuerpo, como si temiera que pudiera escaparme. ¿Podré explicar algún día lo que experimenté en aquel abrazo? ¿Era emoción? ¿Alegría? ¿Placer? Tenía la impresión —casi la certeza— de que el desierto avanzaba hacia nosotros y que, de un momento a otro, nos devoraría; sabía que, de seguir allí, tanto el pequeño como yo acabaríamos cubiertos por la arena y, finalmente, transformados en ese desierto del que todavía entonces podíamos diferenciarnos. Shasu —la mano de Dios— me sacó paso a paso de aquel infierno, no sin antes cubrir mi rostro con un paño húmedo en el que encontré un alivio casi sobrenatural. Shasu —un nombre del que ya no puedo prescindir— me condujo a buen recaudo con paso firme, como si él fuera el adulto y yo el muchacho.

—Ya pasó, ya pasó... —me decía poco después, mientras yo, derribado a sus pies, gimoteaba y lloraba como lo había hecho el joven Vlk la noche anterior en su habitación del hotel.

Shasu me acarició el cabello.

—Ya pasó, ya pasó... —me decía, como si esas fueran las únicas palabras de su

vocabulario; o como si todo, todo sin excepción, hubiera terminado.

Desde lejos —la tormenta se alejaba—, el resto de los expedicionarios nos miraba en respetuoso silencio. Muchos de ellos pensarían, seguramente, que si la muerte tiene un paisaje, ese paisaje no es otro que el del desierto.

Nunca hasta hoy había relatado el episodio de la tormenta de arena en Sétif. A nadie le había contado el pánico que sentí entre aquellas dunas, que jugaron conmigo como las olas marinas con un naufrago; ni el mareo del que fui víctima al contemplar sus increíbles y embriagadoras formas; ni el «ya pasó, ya pasó» que escuché de labios de Shasu como la más dulce de las melodías. Shasu no era ya solo el guía de mi segundo viaje al Sahara; él era, lo quisiera o no, mi salvador.

## LAS HERMANAS ROSA, LILA Y AZUL

—¿Quiere conocer a mi familia? —me preguntó Shasu esa misma noche, poco antes de entrar en la recepción de nuestro hotel.

¿Por qué me invitaba precisamente a mí y no a los demás?, me preguntaba yo, honrado y complacido. ¿Por el episodio de la tormenta? ¿Por la fuerza con que me había agarrado a él, mientras la arena de Sétif me flagelaba? ¿Porque se había compadecido de mí, mientras yo gimoteaba a sus pies? Pedí permiso a Ota, el responsable de la expedición, y esa noche me fui con el muchacho. A su lado me sentía como el siervo a quien su amo hace un favor o, mejor, como el siervo a quien su amo trata como a un igual. Dos noches antes, cuando nadie sospechaba que una tormenta de arena se preparaba en Sétif, había sentido un profundo desgarramiento interior al ver partir a Shasu, concluida la jornada; ahora, en cambio, caminábamos juntos por una de las concurridas calles de Orán y —aunque las luces de la ciudad nocturna eran tentadoras y el bullicio ensordecedor— yo solo tenía ojos y oídos para él.

—¿Te sientas conmigo? —me preguntó cuando llegamos, tras comprobar que ni su padre ni sus hermanas estaban todavía en casa.

Obedecí y me acomodé a su lado en los peldaños de un porche. La tarde iba de caída y estuvimos un buen rato contemplando el horizonte. Esperaba que Shasu me formulase alguna pregunta o que me contara alguna historia. Nada de eso: permanecimos en silencio durante casi media hora. Más tarde comprendí que cuando un árabe te invita a sentarte a su vera a lo que te está invitando es, exactamente, a lo que ha dicho: a estar sentado a su vera y no a conversar, como pensamos los europeos. Yo lo prefiero así, pues no soporto a la gente que habla demasiado. Por fortuna, las gentes del desierto son bastante silenciosas. Se diría que no solo tienen el desierto ante sus ojos, sino en su corazón. Cuando se habla poco, lo que se dice parece más importante. Al oír hablar a los saharauis siempre he tenido la impresión de que poseen esa sabiduría doméstica que tanto me gusta y que es la única necesaria para vivir. Tienen mucho que decir; por eso se recogen en el silencio.

La familia de Shasu me trató como al más honorable de sus huéspedes. Su padre era un hombre muy elegante y occidentalizado que, al poco de conocernos, me contó que su esposa había muerto el año anterior. Las tres hermanas de Shasu tenían quince, diecisiete y dieciocho años; el muchacho solo trece, según llegué a saber. Las chicas llevaban el rostro cubierto —según lo prescribe el Corán—, y no se sentaron a la mesa junto a los varones a la hora de cenar. Gráciles y femeninas, con sus manos finas y morenas, nos sirvieron algo de beber antes de traer las opulentas bandejas con

la comida. Solo pude ver sus delicadas manos y oír el frufrú de sus vestidos a mi espalda, mientras se desplazaban presurosas de un lado a otro para que todo estuviera a punto y fuera de nuestro agrado. Nunca pude distinguir sus ojos, pues caminaban con la mirada gacha y jamás se atrevieron a mirarme —o no, al menos, mientras yo las observaba—. Una vestía de rosa, otra de lila y otra de azul. Mientras el padre de Shasu disertaba sobre la difícil situación política que atravesaba su país, ellas danzaban alrededor de la mesa, diligentes y hacendosas. El padre de Shasu era una persona llamativamente habilidosa tanto para narrar como para escuchar. Como supe después, estos son dones o talentos de los que la gente del desierto hace gala: narran muy bien y escuchan como si no hubieran nacido para nada más.

—¿Es usted un hombre religioso? —me preguntó de improviso.

—No —respondí, pero más tarde me quedé pensando si no tenía que haber respondido lo contrario.

Después de todo, quizá no sea preciso creer en Dios para que nuestra actitud ante la vida sea religiosa.

—El desierto es el lugar del mundo que Dios creó para sí, para su descanso —me dijo aquel hombre acto seguido—. Por eso, quienes van al desierto entran en su territorio.

Para terminar, mi anfitrión me aseguró sentirse honrado con mi visita y me pidió que me quedase a dormir. Era su huésped, no podía marcharme. Y ni siquiera podía pensar en corresponderle. Solo podía aceptar lo que me ofreciera y quedarme allí a pasar la noche. Miré a Shasu, quien me rogó que aceptara; me dijo que nos reuniríamos con los demás al día siguiente a primera hora de la mañana y que, si lo deseaba, podía llamar al hotel para informar al responsable de la expedición.

Acaso por la intensidad de las emociones de la jornada, aquella noche me dormí de inmediato. Soñé que caminaba por un desierto de arenas amarillas. En mi sueño, en lo que recuerdo de mi sueño, una multitud caminaba en fila india: no éramos solo los pocos que conformábamos nuestra expedición, sino uno o dos centenares, una muchedumbre. Avanzábamos en silencio y con creciente dificultad, pues la arena se hundía a nuestros pies. En algunos tramos nos llegaba a los tobillos; en otros, hasta las rodillas; a los que iban a la cabeza les alcanzaba las caderas, por lo que apenas podían avanzar.

—¿Qué tal? —me preguntó mi compañero de delante, que se había vuelto para interesarse por mí.

Recuerdo que me pareció hermoso ver aquella figura rodeada de la tierra más amarilla que haya visto jamás.

Fue entonces, en ese desierto amarillo, cuando sucedió: una de las hermanas de Shasu —¿quién si no?— se había introducido en mi lecho y me besaba apasionadamente los labios. ¿Cuánto duraría aquel dulcísimo beso, tan eterno? La

hermana de Shasu —la mayor, la pequeña, la intermedia, ¿cómo podía saberlo?— me besaba como si ella fuera un peregrino del desierto y yo su oasis. Me besaba como nunca me ha besado mujer alguna: tierna y violenta, experta y candorosa, en una sucesión exacta, calculada. Durante unos segundos vi su rostro cubierto por las sombras de la noche; y vi algunas de las generosas curvas de su cuerpo, que aproximé al mío lleno de gratitud. ¿Qué podía hacer yo sino acoger y secundar aquel inmerecido regalo?

—¿Cómo te llamas? —pregunté al fin.

Fue lo único que pude decir.

Tras el beso, la muchacha se alejó hasta confundirse con la noche, dejándome en la más dulce de las confusiones: dichoso por el placer y ávido de más placer, saciado y sediento. Tras la bofetada de la arena, el beso de la mujer: así interpreté lo que me sucedió aquella noche. Ahora pienso que tal vez fuera aquel beso —de la hermana Rosa, de la Lila o de la Azul, como las llamaba en mi fuero interno—, o acaso el propio Shasu —a quien nunca más vi tan silencioso como cuando al atardecer nos sentamos en los peldaños de su porche— lo que me introdujo, ya sin reservas, en el amor al desierto. Amar el lugar donde se ha estado a punto de morir es el signo de la sinceridad de ese amor, de su necesidad.

Pasé el resto de la madrugada en vela, con los ojos puestos en el techo, de donde colgaba un extraño cortinaje.

Durante el desayuno, como en la cena de la noche anterior, la hermana Lila, la Rosa y la Azul danzaron alrededor de la mesa mientras nos servían las frutas y los zumos. Yo miraba a una y a otra sin lograr distinguir nunca los ojos de ninguna. Por algún movimiento de las manos, subiendo y bajando entre las bandejas y los vasos, llegué a creer que quien me había besado era la que vestía de rosa. Pero por el frufú de los vestidos a mi espalda, sin embargo, acto seguido pensé que tenía que tratarse de la de azul. O de la de lila, que era quien se mantenía más atrás, temerosa acaso de que pudiese reconocerla. Nunca llegué a saber cuál de las tres muchachas me había besado. Y nunca más me ha besado nadie con tanta sabiduría y tanto ardor.

Al despedirme, una tras otra me dieron la mano e hicieron ante mí una pequeña y graciosa reverencia. Esperaba una señal por parte de alguna de ellas. No la obtuve. Cuando la puerta de la casa de mi joven guía se cerró a mis espaldas, tuve la sensación de que dejaba atrás y para siempre un gran amor. Luego, en silencio, caminé junto a Shasu hasta el hotel.

## SHASU, EL GUÍA

Todos los Amigos esperábamos con impaciencia llegar a los desiertos de la región de Batna, que son los principales de la zona. El profesor Pecha parecía un niño a quien aguarda el mejor de los regalos; emocionado, nos confesó que fue allí, en Batna, donde treinta años atrás había comenzado su pasión por el desierto. Días antes, en el Hoggar, nos habían proyectado diapositivas tomadas en ese paraje por otro grupo de expedicionarios; todos, por tanto, sabíamos bien adónde nos dirigíamos y qué era lo que íbamos a contemplar. El joven Vlk estaba una vez más a mi vera; tenía nuevamente el rostro desencajado, no parecía muy feliz.

De aquella gloriosa jornada conservo dos impresiones muy nítidas, protagonizadas ambas por nuestro jovencísimo y querido guía.

Descendimos de las furgonetas a pocos kilómetros de El Golea, la población más cercana; de allí caminamos hasta Tínduf, donde se enclava —en opinión de los expertos— uno de los oasis más espectaculares de la tierra. No había de qué asustarse: eran solo seis kilómetros a pie, siete a lo sumo; en dos horas —mucho antes, por tanto, de que el sol empezara a ponerse— llegaríamos al campamento donde haríamos noche.

Poco antes de emprender la marcha, Shasu se encaramó a unas ruinas. Alcé la vista para observarlo, pero el sol me daba en la cara hasta deslumbrarme. Ahí arriba, oteando el horizonte y envuelto en una luz solar que recortaba su figura hasta dejarla reducida a lo esencial, Shasu se me antojó un ángel dispuesto a emprender el vuelo. Señalaba la dirección que debíamos tomar, o quizá saludase a un conocido a lo lejos. El grupo ultimaba los preparativos para la caminata y yo, mientras tanto, observaba al muchacho en expectante y admirado silencio. Shasu bajó de un salto de aquellas ruinas, y mi hermosa visión se disipó en el acto. Su figura adolescente, recortada en el firmamento y envuelta en un halo de luz, es una de las imágenes más bellas que conservo de mi estancia en aquel desierto.

En una de las asambleas previas al viaje y por consejo de la comisión preparatoria del mismo, los Amigos habíamos decidido hacer aquel recorrido a pie y sin hablar; de este modo —en silencio— nos cansaríamos menos y captaríamos mejor lo que se llamaba «el mensaje del desierto». Con esta fórmula se aludía a la impresión que nos proporcionaba un determinado paisaje, que más tarde compartíamos con los compañeros en las puestas en común. Por mi parte, hice aquel trayecto en compañía de Shasu: con ese Shasu estilizado y sobrenatural del que ya he hablado, casi transparente, que vi apuntando al horizonte y encaramado a unas ruinas. El Shasu de carne y hueso iba detrás, el último de la caravana, al ritmo de los más lentos. Al igual que Antoine de Saint-Exupéry, el famoso escritor y aviador francés, también yo había

encontrado en el desierto a mi principito particular; y también yo, como alguno de los personajes con quien este famoso principito se encuentra en su historia, debía ser domesticado para recibir una lección.

—Dame una palabra que me ayude a vivir. —Eso es lo único que le habría pedido al muchacho.

Ese mismo día, uno de los más decisivos en la historia de mi alma, como explicaré a continuación, Ota Plícka no se apartó de mi lado: acaso intuyera que estaba a punto de suceder algo importante que iba a hacer de mí alguien diferente. O quizá supiera (¿quién puede conocer realmente a los Amigos?) que en pocas horas yo pasaría a ser y para siempre uno de los suyos. Es probable que pensara en el bautismo de arena que para mí había supuesto perderme y ser rescatado durante la tormenta de Sétif. Ignoraba, como es natural, lo hondo que me había calado nuestro Shasu: su abrazo en medio de la niebla; su dulce «ya pasó, ya pasó», mientras la arena dibujaba a nuestros pies las formas más terribles y embriagadoras; su figura recortada bajo el sol, como la de un dios o, al menos, como la de mi principito particular. También ignoraba, como no podía ser menos, mi rabiosa felicidad cuando caminé a su lado mientras nos dirigíamos a conocer a las hermanas Rosa, Lila y Azul. Pero Ota, en todo caso, no se equivocaba: el veneno del desierto, si es que puedo llamarlo así, circulaba ya libremente por mis venas. Quizá ese veneno ya estuviera inoculado durante mi primer viaje al Sahara, cuando fuimos víctimas de la descortesía y el desinterés del guía Serbal; o incluso antes, cuando —sin saber muy bien la trascendencia que eso iba a tener— enmarqué unas fotografías para después colgarlas y sentarme frente a ellas. No lo sé; quizá todo empezara con la frase que leí en la contraportada de uno de los muchos libros del profesor Pecha y con el subsiguiente primer correo que envié a la asociación, o... ¿quién puede saberlo? ¿Quién puede conocer con certeza dónde se cifra el comienzo de una historia?

Muchos antes que yo habrían leído el libro del profesor, y a muchos de ellos, sin duda, les habría resultado banal aquella frase de la contraportada que a mí tanto me impactó. Decía así: «A su competencia científica, une sus continuos viajes a los desiertos de todo el mundo». ¿Basta esto para que nazca un amor? ¿Basta una sola frase para poder empezar a escribir un libro? ¿Puede una frase, solo una, cambiar a un hombre, cambiar el mundo? Sin embargo, únicamente en el desierto de Tínduf, y por algo de apariencia banal, supe que mi fascinación por el desierto había llegado a una estación de término que, inevitablemente, era también para mí un punto de partida.

Habíamos estado contemplando el desierto de Tínduf, en la región de Batna, con nuestros prismáticos. En silencio, como acostumbrábamos. Según la Enciclopedia Británica, la arena de ese desierto es la más fina de todas las del Sahara. Su color no es uniforme: hay parajes donde es completamente roja, de forma que el peregrino tiene la impresión de que camina sobre fuego; otros donde es anaranjada, los más

bellos —el tramo anaranjado que recorrimos parecía un paisaje lunar—; y otros, en fin, donde es de un amarillo muy intenso, que fue el tramo que solo pudimos distinguir con los prismáticos. Como el mar, como el fuego, el desierto tiene algo hipnótico: pueden pasar las horas y, al igual que no nos cansamos de ver cómo rompen las olas en un acantilado o cómo arden los troncos en una chimenea, tampoco nos cansamos de la inagotable actividad del desierto. Porque esto es, precisamente, lo que tienen en común estos tres paisajes de agua, fuego y tierra: que están en perpetua ebullición y que, en consecuencia, nunca ofrecen el mismo espectáculo. Esto había podido comprobarlo yo mismo con ocasión de la tormenta de arena; pero el intenso temor que entonces me había embargado me impidió disfrutar del panorama. Ahora, en cambio, con mis prismáticos de alta definición, fui un espectador privilegiado del maravilloso espectáculo de las dunas. En el grupo, todos estábamos maravillados. Y pasamos mucho tiempo en un silencio casi religioso, cada uno con sus propios prismáticos, oteando el horizonte. Todos los expedicionarios estábamos en ese instante en el mismo desierto y, sin embargo, juraría que ninguno de nosotros veía lo mismo. En un momento de descanso reparé en cómo algunos lloraban por la emoción.

Supe que era hora de partir porque oí cómo Jan daba instrucciones para que nos dirigiéramos a las furgonetas.

—¿Vienes? —me preguntó Otlá, pendiente de mí como un ángel guardián.

Una pregunta. Una palabra. No le miré. El desierto requería de toda mi concentración. Aquellas formas geológicas, tan alucinantes, me recordaban paisajes que nunca había visto y que, sin embargo, algo o alguien recordaba dentro de mí. Me pregunté de dónde podía nacer esa intensa impresión de haber estado antes en el desierto. ¿Por qué esa sensación, tan nítida, de que toda la humanidad había tenido que habitar allí alguna vez? En todo caso, si el setenta por ciento de la superficie terrestre es desértica, ¿puede extrañar que un hombre se sienta en el desierto como en su propia casa?

Minutos después montaba en la furgoneta junto a los demás, pero poco antes —con los prismáticos ante mis ojos y el desierto en mi corazón— hubiera querido responder a ese «¿vienes?» con un: «No, no vuelvo. No, me quedo en el desierto».

Creo que Otlá leyó mi pensamiento, pues se me quedó mirando fijamente durante un rato muy largo.

—¿Vienes? —volvió a preguntarme al cabo.

Y fui tras él.

No volver: aquella fue la primera vez que se me planteó esta posibilidad. Claro que entonces yo ignoraba que muchos Amigos del Desierto —muchísimos— habían escuchado en alguna ocasión una llamada similar. En mi candidez, imaginaba que yo era el único en saber que el desierto tenía una voz: «no volver, no volver...», repetía

esa voz en mi corazón. O la repetía yo —¿cómo saberlo?— como si fuera una plegaria. Como si necesitase repetir estas palabras para considerar su viabilidad. Como si precisara recrearme en las posibilidades a las que me conducía esa música. No volver... ¡Qué dulce me sonaba aquella extraña oración!

¿Cuándo sabe un hombre que ha llegado a ese punto del que, según dicen, no hay posible retorno? ¿Existe verdaderamente un punto desde el que ya no sea posible echarse atrás? Yo podía coger primero un tren y luego un avión para irme a casa, de eso no había duda; podía volver atrás, eso era un hecho. Sin embargo, algo me decía que pronto o tarde llegaría el día en que habría de arrepentirme una y mil veces de esa decisión: el día en que me lamentaría de haber desoído aquella voz inapelable y, pese a todo, respetuosa.

Al principio el Sahara es muy incómodo para un europeo y pasa cierto tiempo —a veces bastante— hasta que logra sentirse a gusto. Para mí, sentirse a gusto —ahora lo sé— significa simplemente no querer regresar. Siempre he querido volver de los sitios a los que he viajado; nunca me he querido quedar en ninguna parte. La conclusión no es difícil de extraer: ningún lugar al que había viajado hasta entonces era el mío. Ese lugar al que pertenezco —y que no es otro que el desierto— no lo había encontrado hasta que llegué al desierto amarillento de Tínduf, a los cuarenta y dos años. ¿Tarde? Para los hombres del desierto nunca hay tarde o temprano; todo sucede a la edad que debe suceder y nada es puramente azaroso o arbitrario.

Durante el viaje de regreso fui indiferente a si nos deteníamos para repostar o hacíamos el trayecto sin ninguna parada; a si mi compañero de asiento me hablaba o prefería callar; a si tardaríamos ocho horas hasta nuestro próximo destino —como estaba calculado— o dieciséis. En realidad, ni siquiera me importaba ser yo u otra persona. Y juro que cualquier cosa que me hubiesen dicho en aquel instante, cualquiera, la habría aceptado sin rechistar. Esta completa indiferencia anímica me resultaba tan novedosa como agradable. Podía sucederme cualquier cosa —cualquiera, lo repito—; en virtud de la posibilidad de no volver, yo era más fuerte que las circunstancias.

Con viciosa insistencia, y acunado por el traqueteo del autobús, recompuse la breve conversación que había mantenido con Otlá mientras mis ojos eran bañados por la arena más amarilla que existe sobre la faz de la tierra. «¿Vienes?», me había preguntado él. «No», le había respondido yo. «¿Por qué no quieres volver?», seguía preguntándome la voz imaginaria de Otlá. Pero esa voz —que no era otra que la de mi conciencia— estaba acostumbrada a que no le respondiera, así que también entonces tuvo que aceptar mi silencio y perplejidad.

Llegados al hotel, la pregunta sobre si debía o no regresar a Europa seguía sin resolver. ¿Podía yo realmente abandonar mi casa, mi trabajo, mi familia, mis compañeros...? ¿Podía sin más dejar de ser quien había sido hasta ese momento y

comenzar a ser alguien diferente, impensable hasta entonces incluso para mí mismo? ¿Pero de verdad es posible nacer de nuevo? No volver, no volver: como el canto de las sirenas en los oídos de Ulises —amarrado al mástil de una nave—, aquella melodía hechicera siguió sonando durante mucho tiempo en mi corazón. No volver, no volver.

Todavía hoy ignoro si debemos regresar al punto del que partimos y cerrar así el círculo que hemos abierto o si es mejor permanecer lejos y no cerrarlo. Puedo decir que hoy no me importa saber qué habría hecho cualquier otro en mi lugar; ni qué hubiera sido más ejemplar o heroico, más honesto, más necesario.

Semanas después, ya en mi país, en una de las asambleas del Hogar, comenté con el profesor Pecha mi deseo de realizar un viaje al Sahara completamente solo.

—Necesito pasar unos meses en el desierto —dije—. He pedido una baja laboral.

—En el desierto nadie puede valerse con sus propias y solas fuerzas —contestó él.

—Lo imagino —le respondí—, pero es preciso que haga este viaje solo.

A esto último no contestó. Se limitó a mirarme como ya habría mirado, seguramente, a otros tantos a lo largo de su vida: con ojos tiernos y cansados. Parecía entender lo que me sucedía y, para demostrármelo, me comentó cuánto se parecía mi caso al de un tal Andreas, cuya admisión definitiva en la asociación había sido retrasada durante años. El profesor me explicó que Andreas, a quien nunca conocí, se había negado siempre a viajar al Sahara o a cualquier otro desierto del planeta. Decía que su amor al desierto no necesitaba de la geografía y que la suya era una amistad platónica, o eso aseguró Pecha que decía el tal Andreas. Yo, con franqueza, no veía paralelismo alguno entre aquella historia y la mía: Andreas no había hecho enmarcar ninguna fotografía ni se había embrujado en su contemplación. Andreas nunca había estado en el desierto, pero todos aseguraban que podía hablar de él mejor que ninguno de los Amigos y, quizá, con más autoridad que el propio profesor, por quien Andreas sentía una admiración sin límites.

—Piensa que solo eres libre cuando al partir puedas llevar contigo todo lo tuyo —escuché de labios del profesor.

Tampoco yo respondí a eso. Me limité a pedirle su consentimiento para partir.

—¿Mi consentimiento? —me replicó Pecha, al parecer divertido de que alguien como yo, que nunca me había dirigido a él como guía o maestro, le hiciera una petición así.

—Su consentimiento —le confirmé.

## INSTALACIÓN EN BENI ABBÈS

Comencé mi tercer viaje al Sahara —ya en solitario— con un planteamiento equivocado: regresé a los lugares que había visitado durante la expedición anterior. Como no podía ser menos, la experiencia no resultó. Debí haber imaginado que ningún desierto es el mismo hoy y ayer, que nadie puede decir nunca que conoce un desierto. Por otra parte, Shasu había crecido: en solo un año se había hecho mayor. Y ya no volví a verlo subido a unas ruinas, apuntando al horizonte y bañado por el sol. Mi joven guía aceptó gustoso mi propuesta de pasar de nuevo una noche en su casa; pero su padre —a quien vi muy envejecido— estuvo visiblemente menos hospitalario (me explicó que unos negocios no le habían funcionado). Además, solo fueron dos las adolescentes que danzaron alrededor de la mesa durante la cena y el desayuno. La tercera, la hermana Azul, se había mudado a la capital para estudiar. Pese a que los vestidos de las muchachas me brindaron otra vez su inolvidable frufrú, ninguna de ellas cruzó conmigo su mirada (¡precisamente en eso nada había cambiado!). Para mi desilusión, ni la hermana Lila ni la Rosa vinieron por la noche a mi habitación y, ciertamente, ni la mayor ni la pequeña (era la intermedia quien se había marchado) sació en mi boca su sed de amor. Concluí que la mujer de mis sueños, aquella que había perdido para siempre cuando la puerta de la casa de Shasu se cerró a mis espaldas, era la hermana Azul. Pero no viajé hasta Argel en su busca.

En aquellos comienzos, tan decepcionantes, presencié también una tormenta de arena; sin embargo, yo no estaba a la intemperie, con el rostro cubierto por mi camisa y el latido agitado en mi corazón. Protegido de las inclemencias del tiempo, la contemplé desde una tienda. Además, estaba solo, sin los Amigos. No fue lo mismo, no podía serlo: ningún muchacho se abrazó a mi cuerpo, como temiendo que me escapase; y nadie, absolutamente nadie, me dijo una y otra vez «ya pasó, ya pasó», como lo haría la madre que quiere tranquilizar a su hijo, desvelado por una pesadilla. Así que en aquel viaje al Sahara no hubo tormentas ni averías; no hubo guías radiantes y encaramados sobre ruinas; tampoco —y lo sentí— misteriosas muchachas en busca de amor.

Malgasté el primer mes de mi expedición en solitario en continuos y estúpidos desplazamientos. Hoy sé que en el desierto no es preciso desplazarse, puesto que es el desierto mismo quien se mueve bajo los pies de quienes se atreven a visitarlo. ¿Qué sentido tiene viajar si quien lo hace es el propio paisaje? Que yo sepa, el desierto es el único lugar del mundo donde sucede algo así. Los pueblos que viven en el Sahara son nómadas porque imitan a la tierra que hay bajo sus pies. En otras palabras, solo

cuando dejé de viajar de un lado para otro y cuando me instalé en Beni Abbès — donde alquilé una casita— se inició para mí el verdadero viaje. Es curioso que sea en el país de los nómadas donde yo haya aprendido a ser sedentario. Si algún deseo tenía de viajar y conocer otros países y culturas, este viaje me lo apagó totalmente. En la arena del desierto, tan igual a ojos de quien no sabe mirarla, se esconden todos los países del mundo y todos los paisajes de la tierra.

De modo que fue allí donde aprendí que el desierto no se puede buscar, sino solo esperar; y que esa espera debe afrontarse como si se tuviera todo el tiempo del mundo y como si el advenimiento de sus recompensas o regalos —por preciosos que puedan ser— nos resultara completamente indiferente.

Fue al poco de llegar a Beni Abbès cuando me percaté de lo mucho que el desierto me había dado velada y discretamente. ¿Sentí acaso que había llegado a mi patria? No exactamente. Estaba en mi patria, sí; pero como forastero. Resulta muy extraño sentirse huésped en la propia casa. Así que el desierto me recordó que yo era un exiliado, y ello con independencia de adónde me dirigiera y cómo viviese. Claro que nada de todo esto me impidió sentirme orgulloso de haber llegado hasta esa población en la que habría de comenzar una aventura que, por pequeña que pudiera parecer a los demás, yo sabía que era grande.

—¿Cómo te llamas? —me preguntaron al poco de llegar.

—Shasu —respondí sin pensarlo.

Y fue así como empecé a llamarme con el nombre de mi guía.

Quizá por este nombre —o por mi determinación de convertirme en hijo del desierto—, pese a ser extranjero las gentes que conocí en Beni Abbès nunca me miraron con recelo, sino más bien con algo parecido a la indulgencia o la conmiseración.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —me preguntaban los más interesados.

—No durará mucho entre nosotros —se decían algunos entre sí.

Por mi parte, procuraba no molestarles en sus ocupaciones y mucho menos entrometerme en sus vidas. Ni yo mismo sabía con exactitud si estaba entre ellos para descansar, para reencontrar mis raíces o para inventarme una nueva vida. Curiosamente, todas estas preguntas —que eran las que mis amigos de Europa pensaban que yo necesitaba responder— habían dejado de suscitar mi interés. Mi única contestación, y no era una contestación, era esta: «Estoy aquí». Con eso me bastaba.

Lo que se veía desde la casita que alquilé en Beni Abbès era poco más o menos el paisaje que uno se imagina para el día después de una gran guerra: un horizonte vacío, un espejo de la nada en que el hombre consiste, por mucho que se esfuerce por parecer lo contrario. Pues bien, yo sentía que de aquella nada que me rodeaba podía nacer algo nuevo y auténtico. Que solo de aquella nada podía, efectivamente, nacer

algo; y que —fuese lo que fuese— merecía la pena haber conocido una nada tan física como la que allí se me brindaba. Porque eso era lo emocionante: que la nada, ese concepto, encontraba ahí, en el espacio que tenía frente a mí, cierta visibilidad y consistencia. La nada existe —puedo escribir ahora—, yo me la encontré.

Después de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que lo que me atrae del vacío es el éxtasis de la posibilidad. Cierto que en el desierto puede caerse con suma facilidad en el vértigo del infinito; y cierto, también, que la pasión por la nada es mucho más peligrosa que su contraria: el afán de totalidad. Ahora bien, el éxtasis, el verdadero éxtasis, solo puede brotar del desprendimiento y vaciamiento al que todo desierto parece evocar y llamar.

Lejos de todo, en Beni Abbès percibí la ridiculez e insignificancia de los afanes en que tanto me había debatido en otros tiempos. Por fin comprendía que se nace para vivir, para nada más. Que vivir es la principal tarea y que, para llevarla a cabo, no es preciso desarrollar ninguna actividad en particular. El desierto me estaba haciendo descubrir que no hay excelencia alguna en la conquista —sea cual sea—, que la excelencia —si es que cabe hablar de ella— está en la misma vida, y que vivir consiste simplemente en descubrir lo elemental.

Por eso, en Beni Abbès nunca me importó tener cuarenta y dos años —los que todavía tengo—, o sesenta y seis; no me importaba ser checo u holandés, blanco o negro, bondadoso o malvado. Ni siquiera me importaba ser un hombre o un animal, que ardieran mis posesiones o que mi nombre se borrara para siempre de esos archivos que llamamos Historia. Dejó de inquietarme incluso si regresaría algún día a Europa. Lo que me importaba, en cambio, era estar allí, exactamente donde me encontraba: con el sol rojo que se escondía tras una duna, con el nuevo nombre —Shasu— con que yo mismo me había bautizado y con la arena a escasos metros, enfriándose al atardecer a gran velocidad. Me importaba que tenía ojos para ver y piel para que la brisa de la tarde me la acariciara.

—¿Sabes? —me dije a mí mismo—. Estoy muy bien aquí.

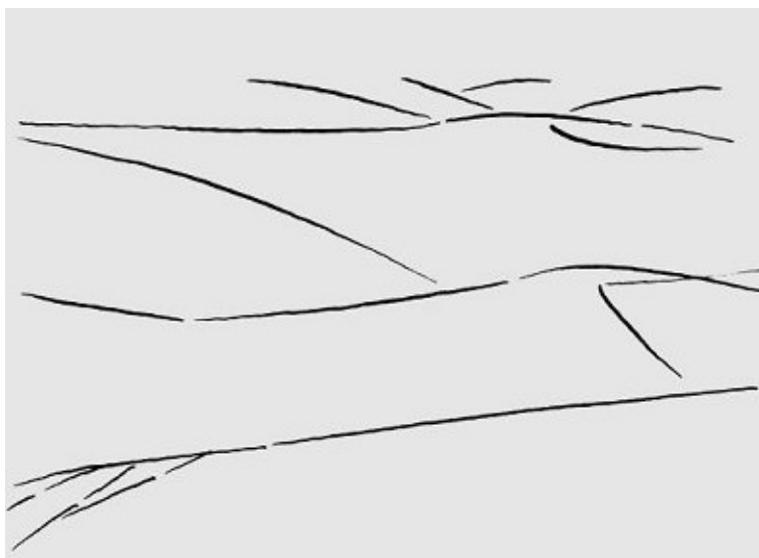
En Beni Abbès la vegetación es tan escasa que el arbusto más insignificante no me pasa desapercibido. La vegetación es tan rala y pobre que cada árbol —los pocos que hay— es para mí como un obsequio. En su habitual desvalimiento, los árboles del desierto son los más bellos del planeta. Tal vez por estar tan secos y necesitados de atención, o quizá simplemente por su aislamiento. El caso es que a veces, durante aquellas primeras semanas, me acercaba a esos árboles y los tocaba, solo los tocaba. Es posible que me lo agradecieran, no lo sé. Yo quería tocarlos, experimentaba esa necesidad. Sentía que así como lo más contradictorio, sobre todo lo contradictorio, es posible en el desierto —tierra árida con los oasis más espléndidos que relampaguean sobre la faz de la tierra, tierra ardiente y heladora a la vez—, así cohabitan en mí todos los contrastes imaginables. Digo esto porque en aquella pequeña casita de Beni

Abbès detecté en mi interior la fuerza de lo espiritual y la de lo carnal, el poder de la mente y el del corazón, el mal y el bien, el impulso vital y el no menos fuerte que nos conduce a la muerte y a la destrucción.

Llegué a estos pequeños descubrimientos gracias a los enormes cambios de temperatura del día a la noche, una variación que me dejó desconcertado. Pero no solo corporalmente desconcertado —como había supuesto cuando me lo advirtieron—, sino mental y espiritualmente desconcertado: sin puntos de referencia a los que agarrarme. De pronto me desvelaba en mitad de la noche y no sabía qué hora era, dónde estaba ni qué hacía allí. Ignoraba incluso qué objetos eran los que tenía a mi alrededor, o lo sabía pero con una angustiada imprecisión. Las primeras noches en Beni Abbès me abrigaba y desabrigaba sin cesar; luego mi cuerpo se fue acostumbrando a ir siempre abrigado, como hacen allí los nativos en cualquier estación del año.

Cuando no podía conciliar el sueño, cogía la única silla que tenía en mi habitación y la ponía frente a la ventana. Por alguna razón me emocionaba la idea de estar sentado frente al desierto.

Desde aquella ventana de Beni Abbès, hice muchos dibujos —tímidos al principio, pero más decididos después— al despuntar las primeras luces de la mañana. He aquí uno de ellos.



Nadie me enseñó a dibujar estas simples líneas, por supuesto; pero las líneas estaban allí —frente a mi ventana—, si bien yo solo fui capaz de distinguirlas cuando me acostumbré a los intensos colores del Sahara: el rojo, el amarillo, el naranja... En mis primeros viajes al continente africano solo fui capaz de ver colores. Ahora, por fin, en la improvisada patria de Beni Abbès, el desierto me ha regalado también sus líneas —que he dibujado con creciente placer—. De modo que quizá habría podido decirse que yo era algo así como un artista, puesto que me ejercitaba en el arte de dibujar. Pero no, resulta excesivo calificar de obra artística lo que, al fin y al cabo, no son más que unas cuantas líneas trazadas con rapidez.

Mientras dibujaba —y tal vez por eso lo hacía tanto—, percibía que en mis adentros había empezado a crecer una flor a la que me costó poner nombre. Era la esperanza. Pero no se trataba de una esperanza concreta —con un objeto preciso o una meta determinada—, sino una esperanza pura, por así decirlo, sin meta u objeto: la esperanza de ser, de estar, la esperanza de llegar a formar parte de un mundo tremendo y fascinante.

Por las mañanas, antes de que apretara el sol, al principio solía acercarme a la plaza del mercado, donde vendían frutas, verduras, ropa, libros viejos y antigüedades. Con frecuencia reparaba en los tuareg, sobre los que tanto había leído y a quienes pude observar entonces —y en buen número— por primera vez. Dicen que esta tribu, diferente a la de los beréberes y beduinos, se cubre la cabeza y buena parte del rostro para protegerse del sol. No es únicamente por eso, como creemos en Occidente. Los tuareg se cubren para no darse a conocer desde el primer momento y para recordarse unos a otros y a sí mismos que todo hombre es siempre un misterio. No se trata de un signo de su retraso cultural, como opinan quienes no los conocen, ni tampoco de un simple toque exótico o folclórico, como yo mismo juzgué antes de vivir junto a ellos. Es por respeto a los demás y por amor al pudor, que es tanto como decir al proceso que debe existir en toda relación.

En el mercado de Beni Abbès vi muchas mujeres hermosas, pues los tuareg —según aseguran los libros y según comprobé yo mismo— son una de las etnias más agraciadas: la proporción de las facciones, la intensidad de la mirada, la insólita mezcla entre espiritualidad y sensualidad que los caracteriza... Pues bien, en ningún momento miré con deseo a ninguna de las muchas y hermosas mujeres que pululaban entre aquellos comercios, como no es inusual que me suceda en mi país. El desierto había apagado mi deseo sexual: no era algo de lo que me sintiera orgulloso, pero tampoco me entristecía.

Debo decir que durante aquellos días no me acordé nunca de mis tres gracias argelinas: la hermana rosa, la lila y la azul. Y sigo sin saber a ciencia cierta si Petruchová, Benetková y Plicková, las mujeres más bellas de la asociación, fueron para mí oasis o espejismos. Es probable que sin ellas no hubiera perseverado entre los Amigos, eso sí puedo presumirlo; fueron estas mujeres, cada una a su modo, quienes me ayudaron a mantenerme en mi camino. ¿Respondían las advertencias de Benetková a una estrategia?, sigo preguntándome hoy. ¿Era la provocadora Petruchová sincera en su arte de la seducción? ¿De qué se reía exactamente la dulce Plicková la mañana en que me sirvió el desayuno en Brno? No lo sé, ya no me interesa.

Fue en el mercado, también, donde vi a una extranjera muy flaca —una tal Suzanne Popherty, de origen belga— que llevaba más de veinte años viviendo entre los tuareg. Supe que esta mujer había llegado allí muy joven con el propósito de

estudiar a fondo esta tribu y doctorarse en antropología; también supe que luego había decidido no volver más a su país. No volver, no volver nunca. ¿Por qué, si ya estaba de nuevo en África —y sin fecha de regreso—, seguían retumbando en mi interior, y con tanta fuerza, aquellas dos palabras? ¿Anunciaban una necesidad o presagiaban una tentación? No volver, ¿no volver? Pero ¿no era aquel viaje mío un regreso a los lugares que había visitado en los anteriores? Y ¿no eran todos mis viajes al Sahara la vuelta a un lugar en el que nunca había estado y del que, sin embargo, nunca habría debido partir? Todavía hoy ignoro si seré capaz de quedarme en Argelia para siempre, como aquella señorita Popherty, tan alta y flaca.

Había otro europeo en una aldea vecina, y también él era belga. Se llamaba Jean-Pierre Dolfieux y, al poco de instalarse, había abandonado los estudios de geología por los que se había desplazado hasta allí. Nadie pudo decirme a qué se dedicaba en concreto. Su compatriota, Suzanne, se había asentado en medio de los tuareg; Jean-Pierre, en cambio, vivía solo en una especie de eremitorio y en medio de la pobreza más inhumana y radical. Los tuareg no le apreciaban; decían que aquel hombre, en su juventud, había vivido de forma irresponsable y sucia. Nunca supe a qué se referían, pese a lo mucho que me habría gustado saber algo más del tal Dolfieux. Con la señorita Popherty llegué a cruzar alguna palabra; no así con el señor Dolfieux. Se dejaba ver muy raras veces, pues apenas salía de su choza. En cualquier caso, ya entonces pensé —y lo sigo pensando— que yo podría ser como cualquiera de los dos. Que sus vidas son, para la mía, una posibilidad.

La mañana en que conocí a Suzanne y supe de Jean-Pierre, empecé a poner por escrito todo lo que me había ido ocurriendo desde que cayera fortuitamente en mis manos el libro por cuya contraportada supe de la existencia de los Amigos. A ello me impulsó el temor a que pudiese llegar el día en que todo lo que me había pasado con el desierto me pareciera un espejismo. Desde mi llegada al Sahara, mis pensamientos se encadenaban y sucedían unos a otros como las dunas del desierto entre sí, sin orden ni concierto. Escribí, pues, para poner un poco de orden en medio de ese magma, pero también para dejar constancia de que aquel paisaje me ayudaba a no pensar. La nada del exterior lograba trasladarse —quién sabe cómo— a mi interior, dejándome tan voluble y vacío como un desierto. Estaba aprendiendo a hacer desierto dentro de mí. Debía escribirlo todo antes de que el silencio me robara las palabras.

Fue escribiendo como me di cuenta de que el desierto no es un lugar apropiado para tomar decisiones, como tantos aseguran. Más que para resolver problemas, a lo que el desierto ayuda es a mostrar la irrelevancia y hasta ridiculez de los mismos.

En aquellas primeras notas, que poco después tomé como base para esta narración, quise dejar escrito que fue entre aquellas gentes donde supe que yo podía cambiar, que había cambiado. Finalmente era aquel que debía haber sido siempre, el hombre que estaba llamado a ser, tan común y, al tiempo, tan especial. Llegué a esta

conclusión al tomar un puñado de arena y permitir que se escurriera entre mis dedos con suma lentitud. Me agradaba ver cómo caía la arena hasta formar una montañita a mis pies, me gustaba la sensación del cosquilleo en la piel. Pese a sentirme muy pequeño en medio del océano de arena que me rodeaba, creo que fue entonces cuando percibí mis dimensiones como ser humano en su medida más exacta. Así que a lo que más me parezco yo es a un grano de arena: a un granito que puedo coger entre mis dedos y que, si se me escurre, seré incapaz de recuperar y diferenciar del resto. Así soy yo: perdido e indiferenciado en la inmensidad del mundo y, sin embargo, con una identidad precisa e individual. «¿Quién soy?», me pregunté. «Solo un grano miserable de este desierto terrible y fascinante», me respondí. Y creo que esta es la mejor definición que haya dado nunca de mí.

## EL DIBUJANTE DE DESIERTOS

—¿Y a qué te dedicas a lo largo del día? —me preguntaban los pocos con quienes todavía intercambiaba periódicamente algunos correos.

—A nada en particular —les respondía—. Estudio árabe —les decía también, para tranquilizarles.

Este laconismo mío, sin embargo, no dejó satisfecho al joven Vlk, muy interesado —a juzgar por sus comentarios— en lo poco que yo escribía y en lo mucho que, según él, debía de estar viviendo. Todavía conservo algunos de los correos que le envié en aquellos días, siempre en respuesta a sus preguntas e interpelaciones. Parecía muy interesado en saber cómo pasaba el tiempo y en si me sentía muy solo. A eso respondí:

«Cualquiera diría que el tiempo tiene que hacerse aquí particularmente denso. Es todo lo contrario, pero no porque se tenga la impresión de que las horas pasan más deprisa o más despacio, sino porque el concepto de tiempo desaparece».

Y respecto a mi soledad: «Alejado de todos, aquí me siento unido a mis semejantes, si bien no de una manera emotiva o sentimental. Mi unión con el mundo, con los otros, es filosófica, si puedo usar esta palabra sin que se entienda como sinónimo de algo frío o distanciado. A pesar de mis cuarenta y dos años, tengo la impresión de haberme retirado del mundo antes de haber vivido verdaderamente en él. Que del mundo, lo que se llama “mundo”, yo no sabía nada, y que es ahora —en la distancia— cuando estoy en disposición de abrirme y conocerlo. Nunca he amado tanto mi país como ahora, que lo he dejado atrás y estoy lejos; nunca he amado tanto mi lengua como cuando no he podido hablarla. Sin embargo, mi amor por mi patria y por mi lengua —si es que son cosas tan distintas— no es un amor doloroso: no experimento el sufrimiento por la pérdida. La pérdida es —según entiendo ahora— la condición del amor».

Y para concluir: «Contra lo esperado, en esta casita de Beni Abbès nunca me he sentido solo. Mucho más solo y abandonado estaba en mi apartamento de Kromeriz, pese a ser el lugar en que nací y donde viven las personas a las que debería querer. Enseguida consideré que esta soledad es el estado natural al que, sin saberlo, he aspirado siempre».

«¿Estado natural?», me contestó él.

«Deseo vivir de modo simple, como lo haría un hombre primitivo —le repliqué—. Deseo reducir mis necesidades a lo imprescindible y renunciar a toda pretensión. Deseo reconocer al animal que hay en mí, amarlo, ofrecerle una oportunidad. El animal que hay en mí: nunca me he sentido tan humano como en esta pequeña habitación».

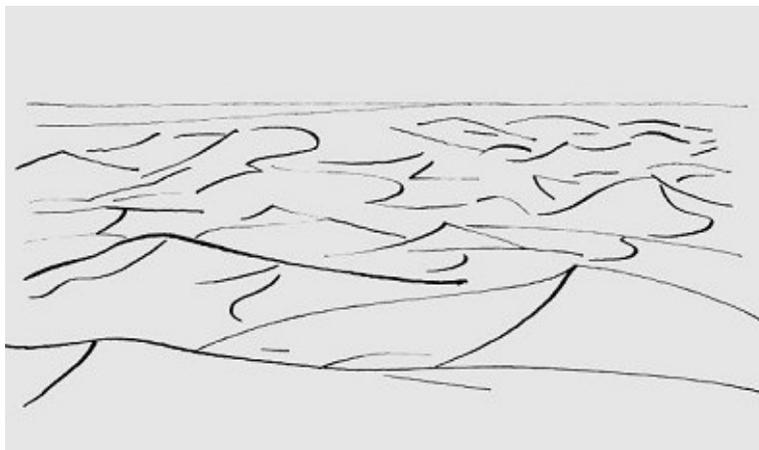
Intercambiamos ocho o diez correos, quizá más. Y fue en aquellos días cuando decidí dar forma a mis notas y redactar mi experiencia africana de forma más organizada. Así que este relato lo escribí originariamente para el joven Vlk, con quien la comunicación se fue perdiendo poco a poco, como se borra una duna. En uno de los últimos correos, en respuesta a su idea de reunirse conmigo, al menos durante unas semanas, escribí:

«Dicen que al desierto solo acuden los exiliados, y siempre para escapar de una esclavitud y en busca de una tierra prometida. No hay desierto sin éxodo, eso puede ser cierto; pero mi tiempo de desierto no es para prepararme para una tierra prometida posterior, como en el caso del pueblo judío. No, mi desierto es ya en sí mismo la tierra prometida; y esto es lo que me hace mirarlo con ojos muy distintos a los de aquellos que lo miran y viven como un medio para la adquisición de otro fin. Como el pueblo de Israel, también yo tengo la impresión de que al desierto se viene a renacer. De modo que no descarto que la humanidad tenga su origen en estas tierras, y hasta es posible que, como nos contaban de niños, el hombre haya sido hecho verdaderamente de agua y arcilla».

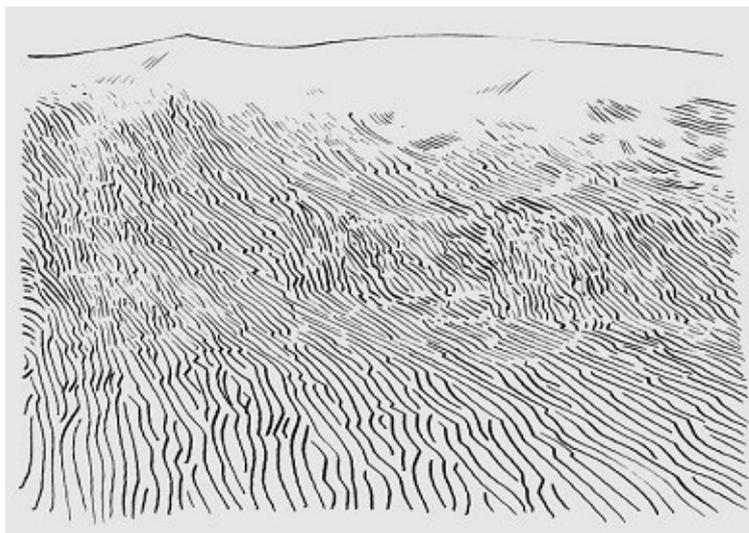
En aquella ocasión, conmovido por lo que parecía que podía derivar en amistad, me atreví a enviarle algunos de mis dibujos. Pero él no entendió que todas aquellas líneas eran los contornos de las dunas, y los calificó de abstractos.

—Serían más expresivos si los colorease —propuso.

Puede que Vlk no estuviera tan equivocado y que yo sea —como él pensó— un dibujante abstracto. Porque ¿no es esto una abstracción?



¿Una abstracción? Al percatarme de las muchas rayas que surcan la palma de la mano —y que hay quien asegura que sabe interpretar—, pensé que los muchos dibujos de desiertos que estaba haciendo podían representar esas misteriosas rayas que la naturaleza dibuja en las manos de los hombres con toda minuciosidad. Sí, las líneas que hay en la arena y que conforman las dunas se parecen mucho a los pequeños surcos —ríos y afluentes— que conforman una huella dactilar. A veces he tenido la impresión —casi la certeza— de estar dibujando una inmensa huella dactilar. ¿No es este un buen ejemplo?

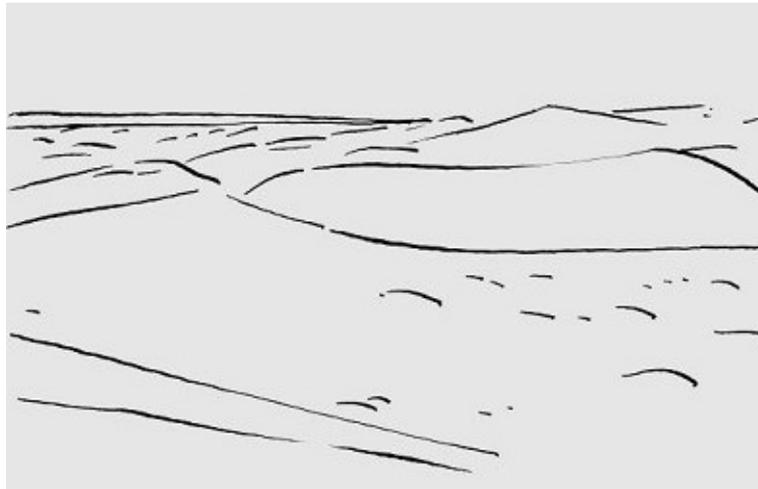


Cuando veo este dibujo —que también envié al joven Vlk— pienso que yo soy una línea, que quiero ser una línea. Que todo hombre es una línea: a veces recta, pero casi siempre torcida. Y pienso que mis dibujos son mi forma de nomadismo interior: un nomadismo abstracto y, al tiempo, inmensamente preciso.

Mientras dibujaba estas líneas, que nadie —ni siquiera yo— distinguiría de otras cualesquiera, experimentaba lo mismo que cuando caminaba por el desierto. Estaba en movimiento, de acuerdo, pero también me parecía haberme detenido. Vlk me comentó que eso le resultaría desesperante; para mí, en cambio, refleja mi condición con toda exactitud.

Nuestras divergencias se ensancharon, nuestros correos se fueron distanciando y, con el tiempo, Vlk dejó de escribirme. Quizá unas cuantas palabras y dos dibujos habían bastado para saciar su curiosidad, con lo que mi relato —todavía inconcluso, pero ya titulado *El amigo del desierto*— quedaba sin su destinatario original. O quizá fuera que el desierto se había apoderado de él, encerrándolo —al igual que a mí— en el laberinto de sus líneas. Por mi parte, había llegado a lo que, sin saberlo, estaba buscando: la ausencia perfecta.

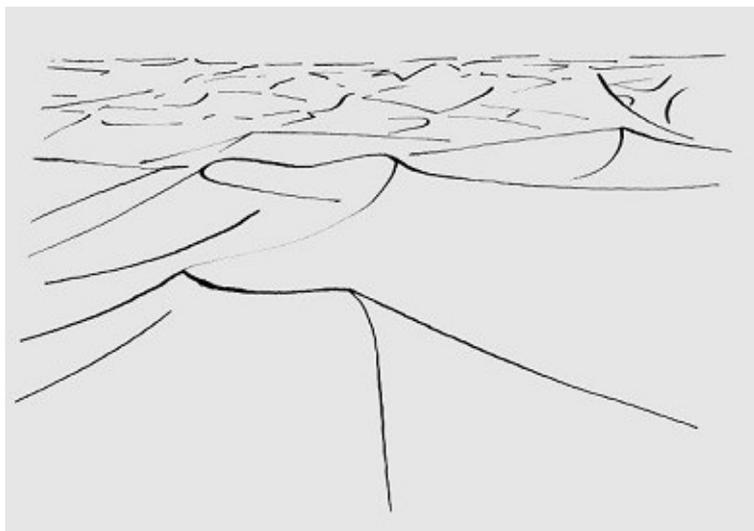
Lo primero que hacía al despertarme era dibujar lo que veía desde mi ventana, que una mañana —tres semanas después de mi instalación en Beni Abbès— tenía poco más o menos este aspecto.



Satisfecho con este resultado —más enigmático que mis dibujos anteriores—, salí de casa decidido a comprarme un turbante en una de las múltiples tiendas del mercadillo. Encontré enseguida uno que me agradó y me lo probé frente a un espejo; al comprobar lo bien que me quedaba, decidí llevármelo puesto. Resulta increíble cómo un simple turbante puede llegar a transformar nuestra visión del mundo: de pronto las mujeres me parecieron más bellas, las mercancías más atractivas, y las especias que se exponían en sacos y cestas, de más vivos y variados colores. Desde que adquirí aquel turbante, desde que me acostumbré a no salir a la calle sin llevarlo puesto, me vi a mí mismo de otra forma y el significado de mi tercer viaje al Sahara cambió por completo. Finalmente había comprendido que esa tierra que llamamos desierto era necesaria para mí, quizá para todos. Que todos, o al menos yo, necesitamos poner la vista y el corazón en un espacio amplio y en un horizonte que no se termine. Solo así descansa la vista, creo; solo así descansa el hombre, estoy seguro. La amplitud del desierto curó heridas cuya existencia ignoraba. Y mi alma quedó ensanchada como las velas de un barco en un día de viento en alta mar.

¿Cómo explicar de otro modo el orgullo que me asaltaba —ese estúpido orgullo— cuando caminaba por el desierto vestido con el atuendo de un musulmán? ¿De qué me sentía orgulloso en realidad? ¿De caminar? ¿De la pueril satisfacción que me producía llevar un turbante, que para mí era una declaración de amor al pueblo en que había decidido afincarme? ¿De ser un hombre? Sí, era de eso, solo de eso: por fin había encontrado un lugar en el mundo a la medida que necesitaba. Todo lo que no sea infinito o, al menos, todo lo que no tenga el aspecto de infinito, no podrá saciarme jamás. Lo infinito —¡lo he visto!— es una necesidad.

Al volver a mi casita de alquiler, solo dos horas después, el panorama que se me ofrecía desde la ventana había cambiado.



Pues bien, era esta transformación —tan súbita y total— lo que despertaba mi interés y me impelía a dibujar. Por el constante movimiento de las dunas, un mismo punto del desierto suele ofrecer panoramas muy distintos; esta es la razón, seguramente, por la que nadie de todos los que han visto mis dibujos se ha percatado de que la mayoría la he realizado desde el mismo sitio. Pero debo decir que ya no busco nada: que me limito a contemplar el paisaje y a reproducir la esencia de lo contemplado en unos pocos trazos, convencido de que en esa contemplación y creación radica el único éxito posible de toda búsqueda. Pero no busco, repito: espero una revelación, pasivamente cuando contemplo y activamente cuando dibujo.

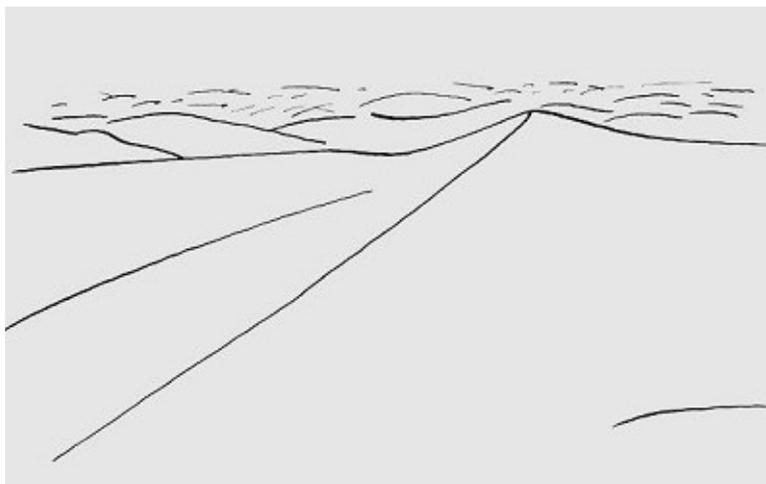
Por supuesto que en mis salidas matutinas, siempre a primera hora, o en las vespertinas, cuando el sol era menos violento, veía a hombres y mujeres que aligeraban el peso de esa soledad voluntaria a la que había decidido someterme: mis vecinos, por ejemplo, o los dependientes de las tiendas donde compraba, o los conductores de los taxis y las furgonetas... También veía, ocasionalmente, algún caminante que —quizá como yo— había salido tan solo a estirar las piernas y a llenarse el olfato de perfumes y la vista de colores. Aquellos caminantes (¿o eran siempre el mismo?) parecían no ir a ninguna parte y no venir de ningún sitio. Eran un elemento más del paisaje: personas intercambiables por cualesquiera otras —todas con sus sandalias, con sus turbantes...—, personas, en fin, a quienes muy bien se habría podido definir simplemente como caminantes.

¿Por qué es tan feliz toda esta gente, si vive entre tanta pobreza?, me preguntaba. Porque la pobreza externa les remite hacia su interior, y porque es allí —dentro, me respondía— donde descubren que hay una riqueza que no se marchita. Belleza y pobreza: el binomio más misterioso, el más esencial. Cuanto más pobre y desolado era el paisaje que me rodeaba —concluí—, tanto más rico y lleno me sentía por dentro. Tanto más sabio cuantos menos pensamientos tenía o, para ser más preciso, cuanto más ajeno era al hecho mismo de pensar.

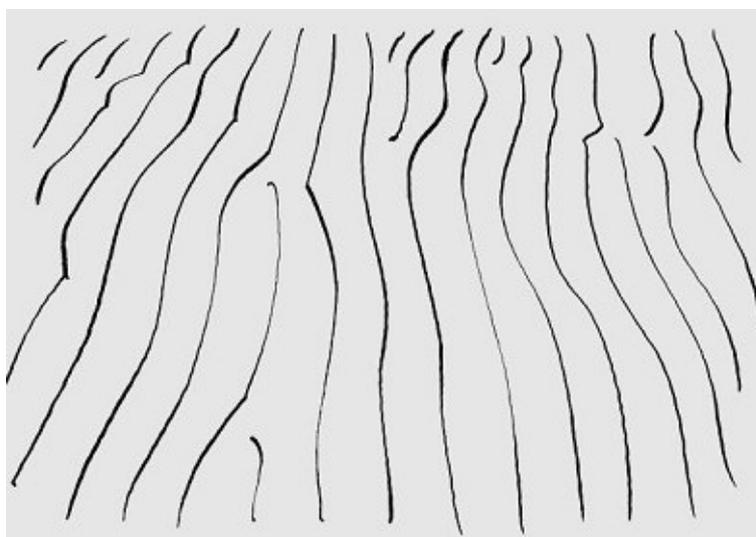
Pues bien, así era como me sentía yo durante aquellas breves caminatas por Beni Abbès y sus alrededores, por lo general poco después del amanecer, cuando el viento nocturno todavía no se había escondido quién sabe dónde: no como Pavel —que era como se me conocía en Kromeriz—; ni siquiera como Shasu, el extranjero —como me llamaban los beréberes—, sino simplemente como un hombre: uno entre tantos, uno cualquiera que hubiera podido ser sustituido por otro sin que nadie se hubiese dado cuenta. Quizá ni yo mismo lo habría percibido. Porque en eso radica el placer de caminar por el desierto: en que no eres nadie, en que eres todos, en que por fin eres aquel que has sido en otra vida y aquel que llegarás a ser, también en otra vida. Basta caminar por el desierto, solo caminar por el desierto, para convertirse en alguien diferente.

Dicen que algunos monjes de la antigüedad, para huir de la ociosidad, tejían por el día cestas que destejían luego por la noche. No les importaban las cestas —por útiles o bellas que estas pudieran ser—, sino el trabajo manual. Sus manos estaban activas y su mente descansaba. Así yo con mis caminatas por el desierto y con mis dibujos de líneas, que ni siquiera son útiles y, probablemente, tampoco bellos. Por eso mismo no tengo necesidad de destruir mis dibujos, como los viejos monjes sus cestas. Mi actividad no conduce a ningún fin: tampoco el desierto parece conducir a ninguna parte; también él se me aparece despojado de toda finalidad. La eliminación de esa finalidad —esa indiferencia frente a todo en que consiste, según creo, la libertades probablemente lo que me seduce de este lugar.

En el desierto se puede caminar durante días, semanas y hasta meses sin ver otra cosa que arena; ahora bien, siempre llega el momento en que aparece un maravilloso oasis que invita a detenerse y repostar. Por duro que sea el trayecto que conduce a un oasis, cualquier oasis merece siempre el esfuerzo del caminante. Tal es la satisfacción y la alegría que allí se obtienen, que el camino recorrido, el recuerdo del camino recorrido, no se hace tan arduo. Repuestas las fuerzas en el oasis, se vuelve a emprender un camino en el que no es infrecuente que el caminante vuelva a impacientarse. Y así hasta que de pronto, cuando menos lo espera —casi cuando desespera—, otro oasis vuelve a presentarse. Pues esto es precisamente lo que enseña el desierto: a caminar por la tierra y a parar donde hay agua, y así un día tras otro hasta que llega el momento en que se descubre que no solo se ama el oasis sino el camino mismo: que se ama la arena, la dificultad. Solo ese día —a mí me sucedió en Beni Abbès— podemos definirnos con justicia como «amigos del desierto». Este dibujo lo titulo justamente así, *El amigo del desierto*.



En la contemplación de este otro pasé largas horas.



Si miro mis dibujos del revés, o en vertical, a veces me parece que mis líneas representan las arrugas de un rostro anciano o, incluso, los ríos y las montañas de un territorio imaginario. Por ello, sin saberlo, tal vez esté dibujando la geografía de mi propio país, o una cartografía desconocida. Tal vez todos los pintores del mundo estén pintando el desierto sin tan siquiera saberlo. Todos los caminos que hay en la tierra —los senderos de un desfiladero, las carreteras de una autopista...— no son al fin y al cabo, vistos desde una determinada perspectiva, más que simples líneas.

Por las noches, cuando el desierto real está muy oscuro y solo me queda el consuelo de mi desierto imaginario, paso muy despacio las páginas de mi cuaderno y me maravillo de haber dibujado tanto. En esas ocasiones repaso con el dedo cada una de las líneas dibujadas, como si quisiera cerciorarme de que también así —con el trazo de mi dedo— me conducen al mismo sitio. ¿Adónde?, se me podría preguntar. No lo sé y, lo mejor de todo, no me importa no saberlo. ¿Estoy dibujando un laberinto para no poder marcharme del Sahara? ¿Qué le ha pasado a un hombre para que solo aspire a lo elemental: dormir y caminar, abrir la ventana, dibujar algunas líneas, mirar las cosas sin pretender nada más que mirarlas? ¿Quién dice que esto sea

insignificante para llenar una vida?

Cuando me canso de estas preguntas, cuando ni siquiera quiero escuchar la música del desierto —que es la del no volver—, me introduzco imaginariamente dentro de alguno de mis dibujos. Pero no lo hago para deambular entre una línea y otra —como hacía al principio—, sino para ser una línea: un simple punto que se desplaza.

## LA ESCRITURA ROTA

**A**caso por la desnudez y simplicidad de lo que hay bajo ellos, los cielos del Sahara son sin duda los más impresionantes del planeta. Ningún habitante del mundo puede tener tan presente el cielo que tiene sobre su cabeza como quienes viven en estas tierras. Por si esto fuera poco, el cielo de Beni Abbès tiene muchísimos más colores que el de cualquier otro lugar. Aquí casi no existen los crepúsculos: es de día y de pronto, sin previo aviso, ha anochecido. El sol no se pone tras las dunas; cae como si fuera un astro que arrojara un dios. Como una bola de fuego que se precipitase.

—Eres Tú, ¿no es cierto? —le dije a Dios. Creo que esta fue la primera vez que formulé algo parecido a una oración—. Si existes, date a conocer —le increpé, convencido de estar ante el paisaje religioso por excelencia.

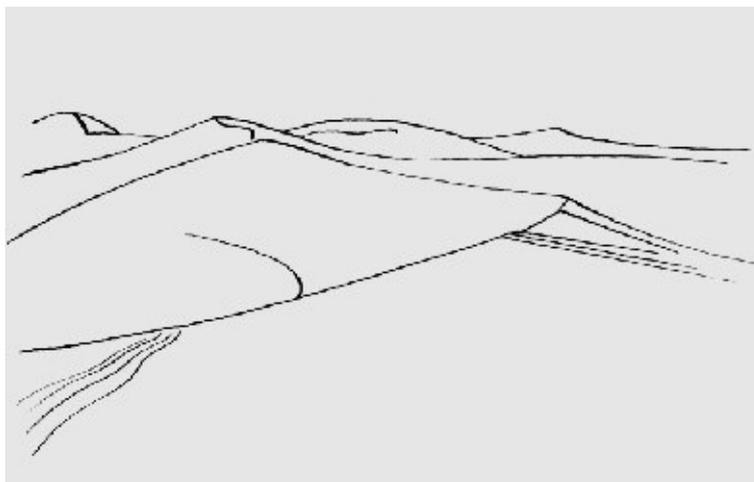
Reinaba un silencio tal que, de haber un Dios, estoy seguro de que era allí donde habría establecido su morada.

Dios, sin embargo, no se manifestó. O tal vez sí lo hiciera y su respuesta fuera el silencio que me rodeaba, la arena caliente por el día y fría por las noches, el cielo y las estrellas.

¿Todavía no he escrito nada sobre las estrellas del Sahara? Bastará que diga que antes de venir aquí yo no sabía bien qué era una estrella. Que no sabía lo grandes que pueden llegar a ser ni lo mucho que llegan a brillar. Que no sabía —y quizá fuera esto lo principal— el ingente número de estrellas que iluminan nuestro firmamento.

Todo se recoge en Beni Abbès al caer la tarde, también el espíritu humano. Rojizo, el cielo se acerca a la tierra hasta fundirse con ella. Diría que se dan la mano, que se abrazan. Las estrellas aparecen entonces muy despacio —como si alguien las fuera encendiendo una a una— y los sonidos del hombre se van apagando mientras emergen, en contrapartida, los sonidos de la naturaleza. En las noches de enero, el cielo del Sahara, como una sábana negra salpicada de luces blancas, no se parece al cielo de ningún otro punto de la geografía. Tan ingente es el número de sus estrellas que el cielo del desierto es —a ojos del hombre— como una colosal y única estrella en donde, ocasionalmente, aparece alguna mancha negra que recuerda ese telón de fondo que es el firmamento.

Mis primeros dibujos de líneas eran todavía muy esquemáticos y fueron esbozados casi siempre al alba. Tomé por costumbre intercalar mis anotaciones con dibujos como este, que fue uno de los primeros:



Pero llegó el día en que noté que mi caligrafía se estaba estilizando y que, sin pretenderlo, había ido alargando las palabras hasta que —algunas al principio y todas al final— llegaban a ocupar una sola por línea. Así:

A L A R G A N D O  
P A L A B R A S

Consciente de lo que sucedía, las alargué más a propósito; y fue así como fueron apareciendo mis líneas.

A P A R E C I E N D O  
L Í N E A S

Bien es verdad que una línea sola, con los valles y montes que las letras insinuaban, apenas evocaba todavía —con suficiente fuerza— la imagen del desierto; pero muchas, una tras otra, fueron haciéndolo más elocuente.

M U C H A S  
U N A T R A S O T R A  
M Á S E L O C U E N T E

Y así hasta que llegó el momento en que dejó de preocuparme lo que había escrito — que ni siquiera leía—, para interesarme solo por el aspecto visual de la página, que contemplaba con mayor gusto y provecho del que, seguramente, hubiera extraído de su lectura. Comprendí entonces que mi escritura se había roto y que me había convertido en algo parecido a un dibujante. Jugaba con las letras, despreocupado ya de su sentido; me divertía. ¿Era... un artesano? No, decir algo así resultaría pretencioso. Me limitaba a trabajar con las manos. ¿Trabajaba... con las manos? No, lo que hacía no era lo que se llama un trabajo, pero tampoco un juego. Mis desiertos no eran mapas útiles ni obras de arte inútiles.

M A P A S Ú T I L E S  
O B R A S D E A R T E I N Ú T I L E S

¿Qué eran entonces? Es imposible definir mis líneas y a mí me gusta haber inventado algo que nadie en el mundo podría decir bien de qué se trata. ¿No es esto como para sentirse orgulloso? ¿No es hermoso burlar las palabras, aunque solo sea por una vez?

P A L A B R A S  
P A L A B R A S

He pensado mucho en este revelador proceso por el que mis anotaciones se fueron estilizando hasta convertirse en extraños dibujos de líneas. Y he concluido que la estilización de mi caligrafía, hasta convertirse casi en una recta, es un buen símbolo de mi vida. Yo no sé, ciertamente, adónde van todas esas líneas, pero... ¿sabe alguien adónde va? Quienes creen saberlo son los peores: han domesticado la vida, que un buen día les sorprenderá haciéndoles caer de bruces. Tal vez alguna de estas líneas que dibujo me conduzca al lugar que no busco pero que, seguramente, me ha sido reservado.

R E S E R V A D O

No lo sé, pero sospecho que serán estas mismas líneas —no otra cosa— las que tendrán que revelármelo.

Cuando no conocía el desierto, bien hubiera podido decirse que yo me expresaba —como cualquier persona— a través de la particularidad de mi letra: de su tamaño y de sus formas —redondas o puntiagudas—, de su inclinación... Ahora, en cambio, siento que debo poner el punto final a este manuscrito porque deseo convertirme en una línea que difícilmente pueda distinguirse de cualquier otra. Sí, lo deseo; deseo ser como el desierto. Antes los hombres podían intentar entenderme, ya no. Soy más misterioso. Soy más como Dios, si es que existe...

## CODA

El viento ha soplado esta noche de tal modo que en la arena han aparecido espléndidos dibujos que, inconsciente de su potencia creadora, esa misma arena ha borrado para transformar enseguida en otros aún más fugaces y hermosos. Maravillado, he tenido que coger nuevamente la pluma. La mayoría de mis anotaciones eran ya líneas ilegibles, por lo que había supuesto que no volvería a escribir. Pero el mundo entero estaba en ese instante en las dunas que había frente a mi ventana y yo, aunque sea con torpeza, he sentido la necesidad de relatar lo que vi. Si hubiera tenido la paciencia necesaria para contemplar aquellas dunas sin cansarme, quizá habría visto en ellas el dibujo de mi propio rostro. ¡Ah, si yo supiese leer en la arena!

—¡Uuhh, uuhhh!

El viento del desierto suena como un gemido que viene de muy lejos y al que otro —mayor o menor, no importa, más grave o más agudo— sustituye poco antes de apagarse. El viento del desierto parece traer consigo el lamento de otros desiertos más lejanos, a los que el hombre no puede o no quiere llegar. Sin haber escuchado ese viento alguna vez, nadie puede imaginarlo. Esta noche ese viento ha sido tan fuerte y quejumbroso, tan humano, que parecía gritar y pedirme ayuda. Por ello, he tenido que incorporarme del lecho e ir hasta la ventana para ver qué sucedía.

—¡Uuhh, uuhhh! —he vuelto a escuchar.

La arena jugaba con el viento y me invitaba a entrar en su juego.

—¡Voy, voy! —he respondido, haciéndome eco de su invitación.

Ese viento... ¿gritaba? ¿Se lamentaba? A veces me parecía que se reía o que canturreaba una melodía en honor de las dunas, incapaces de sosegar y quedarse quietas. Para mí ha sido muy claro que me quería decir algo, que me llamaba, que deseaba que le prestase atención. De modo que he abierto la ventana con la sospecha, casi la certeza, de que solo así podría descifrar su lenguaje. Y es probable que lo hubiera entendido de haber sido yo un tuareg.

Puede abandonarse el mundo, pero lo cierto es que el mundo acompaña casi siempre a quienes lo abandonan. En mi primer viaje al desierto —así lo pienso ahora—, yo no abandoné mi mundo. En el segundo conseguí abandonarlo, por supuesto, pero fue él entonces el que no consintió que le dejara. Solo de mi tercera expedición podría decir que viajé al desierto sin mi mundo: sin llevarlo conmigo y sin que él se empeñara en acompañarme. Y solo en esta ocasión he podido oír el viento que sopla en el desierto, que es su manera de comunicarse con quienes habitan en sus inmediaciones.

—¡Auuhh! ¡Auuhh! —he gritado desde mi ventana, agradecido por el regalo de

todos aquellos caprichosos y hermosísimos dibujos.

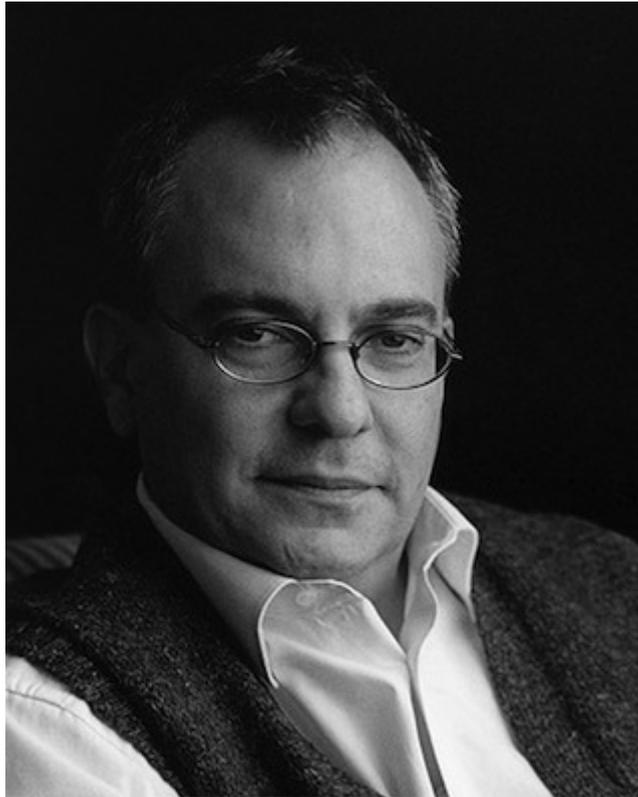
Durante algunos instantes aquel viento nocturno ha enmudecido, tal vez para discernir quién lo llamaba. Nunca he entendido cómo este silencio que no lo es (pues en Beni Abbès siempre sopla el viento o, al menos, una ligera brisa) logra dar la impresión sonora de lo que normalmente se entiende por silencio. El viento que acompaña al silencio del desierto —que lo constituye o conforma, por ser más exacto— propicia que este sea un silencio en el que es posible pasar muchísimas horas sin la menor sensación de angustia. El silencio del desierto es el único, entre todos los silencios que he conocido, en el que he encontrado esta propiedad. Este silencio —que se niega a sí mismo— es uno de los muchos signos de la delicadeza que tiene el Sahara con sus visitantes.

—¡Shaaasuuuuuuu! —he gritado.

¡Me pareció tan hermoso que pudiese comunicarme con la naturaleza como nunca lo había hecho hasta entonces, como ni siquiera imaginaba que podía hacerse! ¿Era esta la sabiduría del desierto que tenía que alcanzar? ¿Asistía por fin, tras mi contemplación de las dunas y mis dibujos de líneas, a la iluminación que el destino me reservaba?

El viento de esta noche sahariana, muy diferente al que he escuchado en otras ocasiones, no me llega con toda su potencia por culpa de las edificaciones que hay junto a la mía y que actúan como barrera protectora. Ignoro si alguien habrá escuchado mis gritos, pero he llegado a pensar que desde la ventana de cada una de las casas de Beni Abbès, sus moradores —como yo mismo— han gritado ese «¡auh, auh...!» con que también ellos responden al viento y se comunican con él. No me resulta difícil imaginar que todos los hombres que son felices apliquen de un modo u otro este mismo sistema: que también ellos abran por las noches las ventanas de sus casas y que allí, cuando nadie les ve, conversen en silencio con el espíritu de la naturaleza. De igual modo imagino que tú, quienquiera que seas, harás lo mismo; pronto terminarás de leer y, acto seguido, cerrarás este libro, abrirás una ventana y —estoy seguro— sentirás que hay algo nuevo en el aire.

*En el desierto de los Durantini,  
diciembre de 2005*



PABLO D'ORS nace en Madrid en 1963, en el seno de una familia de artistas, y se forma en un ambiente cultural alemán. Es nieto del ensayista y crítico de arte Eugenio d'Ors, hijo de una filóloga y de un médico dibujante, y discípulo del monje y teólogo Elmar Salmann.

Tras graduarse en Nueva York y estudiar Filosofía y Teología en Roma, Praga y Viena donde se especializa en germanística, se doctora con una tesis titulada *Teopoética. Teología de la experiencia literaria*. Es ordenado sacerdote en 1991 y es destinado a la misión claretiana de Honduras. Ha ejercido como pastoralista matrimonial (1996-2000); capellán universitario y profesor de dramaturgia (2001-2005); y como capellán hospitalario y crítico de literatura centroeuropea en el *ABC Cultural* (2006-2013). En busca del silencio ha peregrinado a pie a Compostela y ha viajado al desierto del Sahara, al Monte Athos y al Himalaya, entre otros lugares de irradiación espiritual.

Su trayectoria como escritor comienza en 2000 con el libro de relatos *El estreno*, que inaugura su inconfundible estilo, cómico y lírico a un tiempo, espiritual y sensorial, y con la novela *Las ideas puras*, finalista del premio Herralde. Su nouvelle de 2003, *Andanzas del impresor Zollinger*, es adaptada al teatro y representada en 2011 en Italia por el famoso actor y director Roberto Abbiati. Publicará luego *El estupor y la maravilla* (2007); *Lecciones de ilusión* (2008); *El amigo del desierto* (2009); *Sendino se muere* (2012); *Biografía del silencio* (2012), que obtuvo cuatro ediciones en pocos meses; y *El olvido de sí* (2013), una autobiografía ficticia de Charles de Foucauld. Todas sus obras, emparentadas principalmente con la literatura de Franz Kafka,

Hermann Hesse y Milan Kundera, han tenido una excelente acogida por la crítica.